

PUNTO

ROJO

veintiuna guapas... ¡y la muerte!

silver kane



COLECCION

PUNTO ROJO



SUSAN PALMER

CLIVE
MURDOCK

altamira



SILVER KANE

**VEINTIUNA
GUAPAS...
¡Y LA MUERTE!**

Colección PUNTO ROJO n.º 316
Publicación semanal
Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO - RÍO
DE JANEIRO

Depósito Legal B 11.500 - 1968
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: mayo 1968

© SILVER KANE - 1968
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCÍA - 1968
sobre la cubierta

© ALTAMIRA - 1968
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1968

Todos los
personajes y
entidades
privadas que
aparecen en esta
novela, así como
las situaciones de
la misma, son
fruto
exclusivamente de
la Imaginación del
autor, por lo que
cualquier
semejanza con
personajes,
entidades o
hechos pasados o
actuales, será
simple
coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.063 — Asesino profesional.

En Colección SERVICIO SECRETO:

887 — La red amarilla.

En Colección SALVAJE TEXAS:

625 — La hija del verdugo.

En Colección KANSAS:

506 — Testigo para la horca.

En Colección BÚFALO:

759 — La guerrillera.

En Colección ASES DEL OESTE:

402 — La horca de los demonios.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

243 — Melodía para un *gangster*.

En Colección BRAVO OESTE:

380 — El que no quiso matar.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

158 — La isla del trueno.

En Colección COLORADO:

544 — Las estatuas de la muerte.

En Colección CALIFORNIA:

603 — El generalito.

En Colección PUNTO ROJO:

311 — El lago de Satanás

CAPÍTULO PRIMERO

—Tienes que venir, amor... ¡Tienes que venir enseguida! ¡Te estoy esperando!

La voz, a través del teléfono, resultaba suave, pero palpitaba también en ella una secreta nota de ansiedad.

—Por favor... No me digas que estás vacilando ahora.

Clive Murdock no contestó en el primer momento.

Él siempre había pensado que, en cuestión de mujeres, no tenía mala suerte del todo, pero, vamos, hasta entonces ninguna le había llamado con tanta ansia.

El mundo cada día marcha más al revés, pero no tanto.

La voz susurró:

—¿No me escuchas?

—Sí, claro que te escucho. ¡No faltaba más!

—Pero no me crees.

—Naturalmente que te creo, nena. Ahora mismo tomo un avión reactor y voy hacia allí.

—Pero si estoy apenas a dos calles de distancia.

—Bueno, pues tomo un helicóptero.

La voz dijo con amargura:

—Clive, tú no me crees.

—No. Con franqueza, no.

—¿No estás acostumbrado a que las mujeres te llamen?

—Antes tengo que llamar yo primero.

—Parece como si no me recordaras, Clive.

—Es que no te recuerdo.

La voz, al otro lado del cable, volvió a recobrar un tono de esperanza.

—Debí haber empezado por eso, ahora lo comprendo. Me llamo Susan. ¿Te acuerdas ahora? Susan Palmer.

—Pues... pues no.

—Nos conocimos en aquel desfile de modelos que se celebró en la Quinta Avenida por iniciativa de los almacenes Sacks.

—Es posible, pero... La verdad, aunque me avergüence decirlo, me he pasado media vida en los desfiles de modelos. De alguno de ellos me han echado poco menos que con una bomba de hidrógeno atada a la corbata. ¡Y he conocido a tantas Susan! Debes perdonarme si no te recuerdo.

—Lo que dices no es muy halagador para mí.

—Ya lo comprendo, pero... ¿de qué me serviría mentir?

La voz femenina, que era más armoniosa y dulce cada vez, le preguntó

por el micro:

—¿Tienes ahí un aparato de televisión?

—Sí. En mi despacho siempre tengo uno.

—Conéctalo y busca el Canal 12.

—¿Por qué?

—Justo en este momento están dando en diferido un desfile para la elección de Miss Universo. Participo yo. El guiño que hago al pasar ante la pantalla está dirigido a ti. ¡Pero date prisa!

Clive arqueó una ceja.

Diablos, a lo mejor todo aquello era verdad. No se trataba de una confusión.

—Espera un momento... —susurró—. No cuelgues.

Dejó el aparato sobre la mesa, fue hasta un ángulo del despacho, buscó el Canal 12 en el televisor y conectó.

Aquello no tenía precisamente el aspecto del despacho de un agente del FBI adscrito a la difícil sección de Misiones Especiales.

Había libros por todas partes. Libros y revistas a medio leer. También discos donde se recogían las confesiones o las últimas palabras de famosos criminales. Y fotos de chicas. Muchas fotos de chicas en todas las posturas y con todos los vestuarios imaginables. Hasta había una con vestido de novia. Una que no era la esposa de Clive Murdock, naturalmente.

El televisor estaba allí porque los agentes de su grupo debían escuchar, siempre que fuera posible, todos los boletines de noticias. No se trataba de que estuvieran informados de lo que sucedía según los partes del propio FBI, sino también de lo que opinaba la Prensa y de lo que decían los portavoces de la Policía Metropolitana.

Sonó una música suave.

Y aplausos.

E inmediatamente empezaron a desfilar chicas por una pasarela. Las aspirantes se detenían un momento y saludaban antes de retirarse.

Clive quedó boquiabierto.

¡Y él había estado a punto de perderse aquello!

Las aspirantes al título de Miss Universo estaban realizando un desfile preliminar. Todas vestían igual: bañador blanco de una sola pieza y una banda con la indicación de su lugar de origen. Como, por lo visto, debía efectuarse aún una selección, desfilaban bastantes representantes de diversos estados norteamericanos.

Y todas eran sensacionales.

¡Qué piernas! ¡Qué caras!

Los gritos del micro llegaron hasta él.

Volvió hasta la mesa y lo tomó.

—¿Qué ocurre, Susan?

—¡Atento, voy a salir ahora!

Ella también debía estar viendo el mismo programa. Clive desvió la mirada hacia la pantalla.

La chica que desfiló en aquel momento representada al Estado de Indiana. Sonrió como todas, pero hizo una picara seña a la cámara, y desapareció contoneándose.

Para el gusto de Clive, era la mejor.

Bueno, de las mejores. Porque ponerse a elegir allí era como para volverse loco o como para echarlo a suertes.

—¿No me has reconocido aún?

Clive no necesitó reflexionar. Ciertamente, la había reconocido casi al instante.

—Sí, Susan. Perdona.

—Ahora recordarás en qué circunstancias nos conocimos.

—Sí, claro... Hubo un pequeño conato de incendio en aquel desfile de la Quinta Avenida. Se produjo un cierto pánico y yo te salvé.

—Me salvaste, a pesar de que tenías a tu lado a ocho o diez señoras gordas que podían correr menos.

—Es que ellas ya lo habían hecho todo en la vida. Ya habían tenido hijos, mientras que tú debías tenerlos. Recuerda que te lo propuse.

—Y yo me reí mucho.

Clive sonrió también ante el recuerdo. Hacía ya un año de eso.

Y en un año de su vida habían ocurrido tantas cosas, que no era extraño que hubiese llegado a olvidar a aquella muchacha, la cual, además, no era en aquel entonces tan bonita como ahora.

Había ganado mucho en un año. De simple modelo de modas había llegado a aspirar al título de Miss Universo, después de ser proclamada Miss Indiana. A eso le llamaba subir.

Estos pensamientos le habían ocupado unos instantes. La muchacha, al otro lado del hilo, se extrañó de su silencio.

—¿Vas a venir a verme?

—¿Cómo es que te has acordado ahora de mí?

—Porque hasta ahora no había regresado a Nueva York, tonto. He estado de *tournee*.

—¿Dónde vives?

—Tengo un apartamento en Madison Avenue, a la altura de la Calle Cincuenta, en un edificio llamado The Glass Building.

—Lo conozco.

—Es el apartamento ciento dos.

—Iré enseguida.

—Tengo muchas ganas de hablar contigo, Clive. Y de que me digas las mismas cosas que entonces.

—Te las diré, nena. Seguro. Y con las mismas palabras: lo tengo todo grabado en un disco.

Colgó.

Fue a salir, pero en aquel momento sonó el teléfono otra vez.

—Dime, nena.

Una voz áspera rugió al otro lado del cable:

—¿Qué nena ni qué infiernos? ¿De qué me habla?

A Clive se le heló la sangre al reconocer la voz de Zukor, uno de sus jefes, y no precisamente el mejor.

—Es que he pronunciado mal, señor. Esperaba la llamada de un amigo llamado Nennis. Uno que tiene que darme una pista.

—¿Una pista para qué, si en este momento no tiene ningún caso pendiente?

—No es para mí directamente. Es para ayudar a un compañero.

—Será más bien a una compañera, Clive. A mí no me engaña. Pero dejemos eso ahora, ya que dentro de un par de minutos he de telefonear a Washington. Quiero que antes del mediodía venga a verme. He de encomendarte una misión urgente.

—Lo haré, señor.

—Y que tenga mucha suerte con su amigo «Nennis». Va a necesitarla cuando le expulsemos y se quede sin sueldo. Entonces tendrá que pedir limosna a todas sus amiguitas.

El teléfono fue colgado bruscamente.

Clive Murdock se lo quedó mirando unos instantes, mientras suspiraba desalentado. Siempre le pescaban en aquellas cosas. Eso hacía que no hubiese ascendido, a pesar de sus éxitos, y que siempre estuvieran amenazando con expulsarle. No ascendería jamás.

Pero como hay que aprovechar el lado bueno de las cosas malas, Clive Murdock salió de su despacho y se dirigió al Glass Building.

Llamó a la puerta del apartamento ciento dos.

Le abrió Susan.

Por lo que se podía ver dentro, el apartamento era una bombonera.

Y Susan el bombón.

No iba vestida como en el desfile de modelos, desde luego, pero poco faltaba.

Clive susurró:

—Si no te dan el título de Miss Universo, es una injusticia, nena. Y yo lo arreglaré con el jurado. Tengo mucha influencia.

—¿Qué título?

—Bueno, no te hagas la desorientada, preciosa. Tenemos que hablar urgentemente de los niños.

—¿Qué niños?

—Pues los tuyos y los míos. ¿Cuáles van a ser?

Aquella preciosidad sonrió.

Su mano derecha se movió primero poco a poco.

Después muy aprisa.

Y propinó en la cara de Clive Murdock un directo que hubiera tumbado a Cassius Clay.

Luego, la puerta se cerró en las narices del federal.

Clive se quedó sin saber qué hacer, más desorientado que un vendedor de sombrillas en la jungla vietnamita.

Pero no le quedaba más remedio que aguantarse.

La cosa había salido mal. Susan, por lo que fuera, había querido vengarse de él. Vengarse de algo que Clive no recordaba, pero que para el caso era lo mismo.

Clive Murdock sabía que en cuestión de mujeres las cosas no siempre ruedan del mismo modo. Así que encendió un cigarrillo, resolvió tomarse la cosa con filosofía y salió a la calle para regresar a su despacho.

Apenas había entrado en él, cuando el teléfono volvió a sonar.

—Diga, jefe. Le prometo que nunca más volveré a hablar con mujeres.

—¿Pero qué jefe? ¿Qué lío te estás armando, Clive, amor mío? Soy yo, Susan Palmer.

—Vaya...

—Quiero saber por qué no has venido aún.

—¿Qué no he venido?

—No, cariño. Me tienes intranquila.

Clive Murdock lanzó un respingo.

—Más intranquilo estoy yo. Me duele toda la cara.

—¿De qué?

—¿Y tú lo preguntas, preciosidad?

—¡Clive! ¡Me tienes muy intranquila! ¡No sé lo que puede haber sucedido! ¡No comprendo nada!

—Pues en eso estamos igual, muchacha.

—Ven enseguida. Pienso hacerte muy feliz.

—¿Puedo ir con un casco de acero?

—¿Un casco de acero? ¿Para qué?

—Para nada, nena. Para nada.

Colgó y se dispuso a salir de nuevo.

La verdad era que la situación le tenía intrigado.

Anduvo de nuevo durante unos minutos por las ajetreadas calles de Nueva York, hasta llegar al Glass Building. Subió de nuevo al apartamento ciento dos.

Las cosas que Clive Murdock estaba dispuesto a hacer por una mujer bonita, no cabrían en un libro.

Fue a llamar con los nudillos a la puerta, despreciando el timbre, pero notó que esta se hallaba solo entornada.

Parpadeando, y sin poder dominar una cierta sensación de asombro, la empujó.

Vio la bombonera.

Y a Susan Palmer.

Susan Palmer estaba dentro, esperándole.

Esperándole junto al lecho, colgada de una cuerda.

CAPÍTULO II

La minifalda. Las maravillosas piernas que Clive había visto en vida y que ahora pertenecían a una mujer muerta. Aquellos labios que parecían hechos para amar y en los cuales se dibujaba ahora una mueca patética.

Clive Murdock quedó paralizado durante unos instantes. Su capacidad para amoldarse a todas las situaciones y que de tantos peligros le había sacado en la vida, no funcionó esta vez. Lo que estaba viendo parecía superior a su capacidad de comprensión.

Al fin reaccionó. Miró detenidamente el rostro de la muchacha, con interés puramente profesional.

Debía hacer unos diez minutos que estaba muerta. Probablemente la ahorcaron cuando colgó el teléfono, inmediatamente después de su última conversación.

Porque no se trataba de un suicidio, sino de un asesinato.

Clive lo notó al observar el pequeño hematoma en la nuca de la muchacha. Esta había sido golpeada por la espalda, y aunque probablemente no llegó a perder el conocimiento, había podido oponer ya, a partir de entonces, poca resistencia a su enemigo o enemigos. Y estos la colgaron de un hilo de seda, aprovechando la gruesa cadena que sostenía una de las lámparas.

Los ojos del federal recorrieron el apartamento.

Daba por supuesto que el asesino no estaría ya allí. Pero tal vez había dejado huellas.

Lo revisó todo, aunque sin tocar ningún objeto.

El apartamento, aunque lujoso, era muy pequeño. Constaba de una sala, un cuarto de baño, una minicocina donde apenas había espacio para abrir una lata de conservas y un dormitorio con un par de cuadros y bastantes espejos.

Nada parecía haber sido tocado.

Diríase que al asesino o asesinos solamente les había interesado la muerte de Susan Palmer. Nada más. No debían haberse llevado ni un alfiler.

Clive Murdock no descolgó a la muchacha, aunque hubiese preferido hacerlo para no dejarla así. Era mejor dejarlo todo tal como estaba para cuando llegase la Policía Metropolitana.

Salió del apartamento y dejó la puerta entornada, tal como la había hallado.

Caminaba como un fantasma, con la cabeza hundida. Parecían haberle asestado un mazazo en el cráneo.

No se dio cuenta del bullicio de las calles, ni del tronar de los autobuses que remontaban la contigua Quinta Avenida. No se dio cuenta de que tropezaba con la gente.

Cuando regresó de nuevo a su despacho, se dispuso a telefonar a la Brigada de Homicidios. Pero cuando iba a descolgar el auricular, el aparato sonó.

Tenía que ser Zukor. Y esta vez Clive no se equivocó.

—Hola, jefe.

—¿Sigue vivo? ¿Qué ha pasado con la «nena»?

—Na... nada.

—Por su voz, yo diría que se acaba de duchar con agua fría, Clive. ¿Qué le ocurre?

—Quizá que me estoy haciendo viejo, señor.

—Pues trate de recuperar su juventud y venga inmediatamente. Sin perder un segundo.

—Bien. Haré una llamada telefónica importante y...

—Ni hablar. Venga al instante. Le espero dentro de un par de minutos.

Clive se encogió de hombros, mientras colgaba. Bueno, ¿y qué? Ya nadie podía hacer nada por Susan Palmer. ¿Qué importaba que los de la Brigada de Homicidios descolgaran el cuerpo un poco antes o un poco después?

El joven fue al despacho de su jefe.

La organización del FBI a lo largo de todo el país consiste en una serie de redes que no siempre muestran su carácter oficial. Despachos aparentemente privados, almacenes de casas comerciales que en realidad no existen, flotas de camiones que transportan hombres en secreto, de un lado a otro, o desde cuyo interior son filmadas escenas que ocurren en la calle y que protagonizan personas sospechosas. Clive Murdock formaba parte de aquel mundo donde todo es verdad y al mismo tiempo nada es cierto. Por ejemplo, Zukor, su jefe de zona, tenía oficialmente un despacho de arquitecto.

Estaba solo.

—Le veo preocupado, Clive. ¿No han ido bien las cosas con su amigo «Nennis»?

—No puede ni imaginarse cómo han ido, señor.

—¿Mal?

—El asunto ha quedado colgado.

—No acabo de entenderle.

—Yo sí que me entiendo, señor.

—Bueno, no vamos a perder el tiempo. Le he llamado porque quiero que proteja a una persona.

—¿Quién?

—Esta.

Zukor extrajo una foto del cajón central de su mesa y la puso ante los ojos de Clive.

Este parpadeó.

La minifalda. Las piernas sensacionales. Los labios que parecían haber sido hechos para el amor.

Zukor susurró:

—¿Qué le pasa?

—¿He de proteger a esta mujer?

—Sí.

—No puedo ya.

—¿Por qué?

—Está muerta.

Zukor apenas se inmutó, a pesar de que la inesperada noticia debió ser un impacto para él. Estaba acostumbrado a disimular sus sentimientos.

—¿Cómo es posible que diga eso?

—La he descubierto yo mismo. No hace ni diez minutos.

—¿Dónde?

—Madison Avenue, en un edificio que está a la altura de la Calle Cincuenta, llamado Glass Building. Apartamento ciento dos.

Zukor dio unas secas órdenes por teléfono. Luego miró de nuevo a Clive Murdock.

—Aunque este asunto pertenezca a la Brigada de Homicidios de la Metropolitana, primero meteremos las narices nosotros. Explíqueme lo ocurrido con todo detalle.

Clive lo hizo.

Confesó incluso que había creído encontrar una aventura. No dejó nada por decir.

Todos los detalles fueron revelados, desde la época en que conoció a Susan Palmer, aunque en realidad nunca hubiera ocurrido nada importante entre los dos.

Zukor le escuchaba en silencio.

Al fin susurró:

—Esto ha complicado las cosas, Clive.

—¿Por qué?

—El asunto ya era delicado antes de que esto sucediera, pero confiaba en que nada ocurriría. Ahora, desgraciadamente, no me queda más remedio que sentirme pesimista. Verá, le explicaré.

Encendió un cigarrillo y dijo, tras expulsar una columna de humo:

—La elección de «Miss Universo» se ha celebrado ya. Lo que usted vio en diferido era una especie de reportaje de las diversas fases por las que había pasado la elección: concursos locales, luego a escala nacional y, por fin, a escala mundial. «Miss Universo» es, actualmente, la norteamericana Ruth Davison. No obstante, el título no tiene valor oficial. Existe en este

momento otra «Miss Universo», además de una Miss Naciones Unidas. Cada país o federación de países ha hecho una elección particular. Pero lo que a nosotros nos interesa concretamente es Ruth Davison.

—Bien.

—En estos casos es normal que se desarrolle una gran campaña publicitaria, tras la cual se mueven cuantiosos intereses y cifras de bastantes millones de dólares. La miss elegida suele dar la vuelta al mundo, y realiza en los diversos países una muy discreta campaña de publicidad. Habla, por ejemplo, del jabón que usa o de la bebida que prefiere. Naturalmente, los fabricantes del jabón y de la bebida son los que financian los viajes. Usted ya conoce lo complicado que es el mundo de la publicidad moderna y no necesito decirle nada más sobre esto.

—No, señor; lo comprendo perfectamente.

—Pues bien, va a ser fletado un barco que saldrá de Nueva York esta misma noche. En él van no solo «Miss Universo» y todas sus damas de honor, sino también la totalidad de las muchachas que llegaron a la fase final del concurso. El viaje ha de terminar en El Havre, en Francia, para desde allí seguir en coches hasta París. Luego un tren llevará a los concursantes a Barcelona y Madrid, en España. Desde Madrid volarán nuevamente a los Estados Unidos, concretamente a Miami.

Clive encendió un cigarrillo a su vez.

—¿Susan Palmer formaba parte de esa expedición? —preguntó.

—En efecto.

—Pues no veo que en ella haya nada de especial. Un simple asunto publicitario, como tantos otros.

—Se equivoca; hay algo más. Una de las mujeres que figuran en esa expedición es un científico.

—¿Quéééééé?

—Doctor en Física Nuclear.

—No me va a hacer creer que uno de esos bombones se ha pasado la vida estudiando la estructura del átomo. Son todas demasiado jóvenes... y demasiado bonitas para eso.

—Se equivoca, Murdock. No hay por qué creer que una mujer lista ha de ser necesariamente fea, ha de llevar gafas, ha de usar medias de algodón y llevar los zapatos con los tacones torcidos. Una doctora en Física Nuclear puede ser también una mujer preciosa. Por otra parte, un doctorado de esa clase puede terminarse a los veintidós años, si se ha aprovechado mucho el tiempo. El promedio de edad de todas esas vampiresas es de veintitrés.

Clive exhaló también, pensativamente, una bocanada de humo.

—¿Qué misterio hay detrás de todo esto? —preguntó.

—Lógicamente —siguió explicando Zukor—, una doctora en Física Nuclear no significa gran cosa. Hay muchas por todo el mundo. Pero no

todas han sido amiguitas del profesor Sinyavsky.

—¿Qué dice? Sinyavsky, ese científico nuclear, emigrado de Polonia, que fue asesinado hace poco...

—Fue asesinado para que no hablara. Para que no pudiese decir a nadie quién era su amiguita.

Clive parpadeó.

—A ver, explíquese.

—Sinyavsky vivía dedicado a la ciencia, pero de vez en cuando también miraba a las mujeres. Sobre todo si esas mujeres eran excelentes científicos también. Una de sus mejores alumnas pasó pronto a formar parte de su gabinete personal de trabajo. Juntos investigaban, y ella llegó a conocer todo lo que Sinyavsky sabía. Sobre todo a partir del momento en que dijo haberse enamorado de él; a partir del momento en que, entre los dos, hubo algo íntimo.

—¿Quiere decir que esa mujer llegó a conocer todo lo que había averiguado Sinyavsky?

—Así es. Y, por tanto, sus revelaciones pueden llegar a constituir un enorme peligro para la seguridad de nuestro país.

—¿Insinúa que trata de vender sus conocimientos a un país extranjero?

—Esa mujer quiere llegar a China.

Clive Murdock dejó el cigarrillo en el cenicero, mientras, sin poder evitarlo, sentía un momento de pesimismo. Se daba cuenta de que el problema era mucho más agudo, mucho más difícil, de lo que llegó a imaginar.

—Hay algunos puntos que aparecen muy oscuros —murmuró instantes después—. Doy por descontado que la identidad de esa mujer nos es conocida.

—No.

Clive parpadeó, sorprendido.

—¿Cómo es posible? Supongo que en ese barco viajan unas veinte mujeres como máximo. Solo habrá una doctorada en Física Nuclear...

—Sí, pero ignoramos quién es. No se doctoró en Estados Unidos, sino en Europa. Hemos hecho investigaciones en diversas Universidades del Viejo Continente. Ninguna de esas mujeres tiene expediente académico en ellas. Sin duda alguien lo ha hecho desaparecer.

—Pero también me ha dicho que fue alumna del doctor Sinyavsky. Este no tendría muchas discípulas, y bonitas mucho menos.

—No figura como alumna matriculada en la Universidad de Harward, que era donde enseñaba Sinyavsky. Naturalmente, hemos investigado eso. Debió entrar en contacto con el sabio polaco de una manera que pareció ocasional, seguramente planteándole por carta algún problema que cautivó el interés del profesor. Debieron verse. Es seguro que ella empezó entonces a asistir a sus conferencias, pero no a sus clases oficiales. Su amistad se

llevaba con la mayor discreción. Le visitó en su laboratorio y trabajaron juntos. Le he dicho antes que ella era una alumna de Sinyavsky; el término no es exacto. Era una alumna, pero en secreto. Para Sinyavsky significaba una eficaz ayuda. Cuando llegaron a ser íntimos, la cosa fue más secreta todavía.

—¿Pero no estaba vigilado Sinyavsky? ¿No lo están todos los físicos nucleares importantes del país?

—Sí, pero al agente encargado de esa tarea no debió llamarle la atención la muchacha. El profesor recibía a muchos alumnos y alumnas. Además, al no trabajar en una base de investigación del Estado, disfrutaba de cierta autonomía y podía moverse con libertad. Naturalmente, el agente que estaba encargado de su vigilancia hubiera sido interrogado. Pero murió la misma noche en que asesinaron a Sinyavsky.

Clive cerró un momento los ojos.

Una mueca de preocupación se dibujó en su rostro.

—O sea que, aunque parezca mentira, nos encontramos ante una especie de «mujer fantasma».

—Exacto. Ella no llegaría jamás a China partiendo de Estados Unidos, porque le negaríamos el pasaporte o porque sería controlada. Pero puede hacerlo desde París. Pekín tiene allí Embajada.

—¿Qué pretende ella? ¿Dinero?

—Es de suponer que sí. No creo que tenga ninguna ideología determinada. Simplemente intenta vender sus servicios. Y si sabe tanto como sabía Sinyavsky, sus servicios serán muy valiosos para una nación que está entrando de lleno en el camino de las armas nucleares.

—¿Cómo ha sabido todo esto, Zukor?

—Porque nos lo dijo la propia «Miss Universo».

—¿Ruth Davison?

—Exacto. Este viaje ha empezado a organizarse hará unos diez días. Las que iban a realizarlo se reunieron un par de veces para ultimar detalles. Y en una de esas reuniones, alguien perdió un pequeño bloc de notas. Ruth Davison lo recogió. Había en él unas fórmulas matemáticas realmente incomprensibles. Y nos lo trajo a nosotros.

—¿Por qué se le ocurrió hacer eso? ¿Por qué pensó que aquello pudiera tener importancia?

—Todo tiene su explicación: Después de la muerte de Sinyavsky, nosotros nos habíamos puesto en movimiento. Centenares de pistas fueron seguidas, y todas las desechamos menos una: la que nos llevaba a una mujer desconocida, que era doctor en Física Nuclear, muy bonita y que, al parecer, se ganaba también la vida como modelo, para desorientar. El círculo de nuestras sospechas se fue cerrando hasta reunir dentro del mismo a unas veinticinco personas. Todas las que van a hacer ese viaje eran sospechosas, incluida Ruth Davison. Y a todas se les retiró el

pasaporte automáticamente, eliminando así la menor posibilidad de que salieran del país.

—Pero en cambio podían hacerlo a través de ese concurso de belleza.

—Sí. Se les había dado un permiso para un solo viaje, y todas sabían que estaban vigiladas. Por eso, cuando «Miss Universo» encontró aquella pequeña agenda relacionó enseguida una cosa con otra. No cabía duda de que la sospechosa, en efecto, estaba en el grupo. Y por ello nos informó inmediatamente.

—¿Por qué no ordenaron, en tal caso, suspender el viaje?

—Porque la cuestión hubiera tenido repercusiones internacionales muy molestas. La gente se fija más en un partido de fútbol o un concurso de belleza que en la retirada de un embajador. Si se encierra en un país a veinte bellezas, el escándalo es mayúsculo. Además —añadió Zukor—, nunca descubriríamos la identidad de la culpable si no le diésemos un poco de cuerda. De modo que hemos decidido que el viaje se realice normalmente... pero usted vigilará a esas mujeres.

Clive lanzó un silbido.

Por un momento creyó que iba a marearse.

—¿Veinte? —preguntó.

—Sí.

—¿Y guapas?

—Las mejores.

—¿Y con buenas piernas?

—¡Diablos, no pregunte tanto! ¡Los informes oficiales no hablan para nada de eso!

—Siempre he dicho que los informes oficiales son un asco.

—¡Cállese! —bramó Zukor—. ¡Nadie le ha pedido su opinión sobre nuestro modo de informar al Gobierno! Sepa, entre otras cosas, que en la agenda perdida no pudimos hallar huellas ni el menor rastro que nos llevara hasta su dueña. Sepa también que si una sola de esas mujeres se le escapa, usted será el único responsable. ¡Y sepa, por fin, que ya me estoy arrepintiendo de haberle elegido a usted para ese trabajo!

—Es que, en efecto, creo que se ha equivocado —murmuró Murdock—. ¿Por qué me ha elegido a mí?

—Porque si una mujer tarda un promedio de veinte años en quedarse viuda después de matar a un hombre, veinte lo dejan seco en una semana. ¡Y eso es lo que espero que ocurra, Murdock! ¡Que lo dejen seco! ¡Que lo maten!

Curiosamente, Murdock esperaba lo mismo.

Aquello de que le dejaran seco le parecía estupendo.

¡Veinte mujeres para él solito!

Pero no tuvo tiempo de decir lo entusiasmado que estaba.

Porque en aquel momento sonó el teléfono.

Zukor lo tomó con una especie de ladrido.

—¡Diga!...

Alguien le explicó cosas, con voz susurrante, al otro lado del hilo.

Zukor fue palideciendo.

Al fin masculló:

—¡Bien!

Y colgó.

Sus ojos miraron malévolamente a Clive. Este empezó a pensar que las cosas se ponían feas.

—Ya me han fastidiado —dijo.

—¿Por qué supone eso?

—Porque seguro que, en lugar de venir veinte chicas, vienen solo diecinueve.

—¡Se equivoca! ¡Vienen veintiuna!

—No me diga ¿Y quién es la otra?

—¡Susan Palmer!

Clive sintió que se le abría la boca de pronto.

—¿Quéééééé?... —farfulló.

—¡No estaba muerta! ¡Usted ha visto visiones, Clive Murdock, maldito entrometido de los demonios! ¡No estaba muerta! ¡Cuando dos de nuestros agentes han ido al apartamento, les ha abierto ella misma! ¡Les ha invitado a tomar café! ¡Y ha cruzado las piernas! ¡Y la muy bruja llevaba minifalda! Mi-ni-fal-da. ¿Sabe lo que es eso? ¡Los dos agentes sí? ¡Y aún les dura el mareo ante tantas curvas!

Clive necesitó apoyarse en el respaldo del asiento, mientras intentaba cerrar la boca.

Porque ahora el que se sentía mareado era él.

CAPÍTULO III

El buque no era grande. Debía de ser de unas seis mil toneladas.

Había sido construido sin duda para viajes de aquella clase: cruceros muy selectos, reuniones de negocios en alta mar, convenciones de importantes compañías... No le faltaba detalle para hacer la vida agradable en su interior. Los salones eran magníficos, los camarotes espaciosos y todos de primera clase, el comedor principesco... Todo ello iba unido a una perfecta climatización del aire y a un equilibrio sorprendente en alta mar, incluso con tormenta. Parecía increíble que un buque de tan pequeño tonelaje pudiera hacer con tal facilidad las travesías atlánticas.

Esta vez el pasaje era excepcional. Se componía solamente de cuarenta y una personas, cuando la capacidad normal del buque era de doscientos pasajeros.

Cuarenta y una personas divididas en dos grupos. Primer grupo: Cuarenta mujeres. Segundo grupo: Un hombre.

Clive Murdock empezó a sentir vértigo cuando se dio cuenta del lío en que se había metido.

¿Qué iba a suceder si las cosas le salían bien con las cuarenta a la vez? ¡Iba a tener razón Zukor! ¡Volvía cadáver!

Sin embargo no todas eran preciosidades. Entre las cuarenta había graduaciones muy importantes.

Veintiuna eran las que habían tomado parte en las fases finales para la elección de «Miss Universo». Las otras diecinueve se dividían entre camareras privadas, manicuras, peluqueras, masajistas y profesoras de gimnasia. Todo lo que podían necesitar —y algo más— las veintiuna mujeres para mantenerse en forma durante su viaje.

La tripulación debía haber sido advertida para que guardara la máxima seriedad, porque ni uno de los marineros miró a aquellas bellezas más de dos minutos. En cambio miraron a Clive Murdock como si este fuese un aparecido.

—¿Qué va a hacer con las veintiuna, amigo?

—¿Es usted el masajista-jefe?

—¿Qué es lo que tiene que enseñar a esas preciosidades mientras cruzamos el Atlántico?

—Oiga... —y esto último lo dijo el capitán—. Le cedo el mando si usted me cede su cargo.

—Yo no soy más que un fotógrafo —murmuró Clive—. Vengo en misión profesional. Y soy muy desgraciado.

—¿Desgraciado por qué?

—Una de esas cuarenta damas es mi mujer.

—¿Sí? ¿Cuál?

—¡La profesora de gimnasia! ¡Si me descuido me atiza!

A partir de aquel momento, los tripulantes le miraron de otro modo. Incluso uno de ellos le ayudó a transportar hasta el camarote las cinco máquinas con que le habían cargado para que nadie dudase de su condición de fotógrafo.

—Hay muchos camarotes vacíos. Puede elegir, en este pasillo, el que quiera.

—Este mismo.

—¿Va a comer con las señoritas?

—No. Yo lo haré con la tripulación. Prefiero dejarlas solas.

—A su gusto, amigo.

Clive Murdock paseó por el amplio camarote.

La salida había tenido lugar inmediatamente después de subir él a bordo. Ahora surcaban plácidamente el Hudson en dirección al mar, pasando ya casi bajo el gigantesco puente Varrazzano.

El federal intentaba reflexionar sobre aquella extraña situación. Intentaba trazarse un plan de acción para los días que habían de seguir.

Solo una persona —la que había matado o hecho matar al profesor Sinyavsky y trataba de llegar hasta China— podía recelar de él. Las demás creerían, posiblemente, que era de verdad un fotógrafo. Las demás... a excepción de Susan Palmer, naturalmente.

Porque, ¿quién era en realidad Susan Palmer? ¿De verdad él sufrió una alucinación cuando la vio muerta en su apartamento de Nueva York?

No, no era posible. Él no sufría nunca alucinaciones, sobre todo en cuestión de mujeres. Y menos en cuestión de mujeres muertas.

En aquel momento golpearon tímidamente en la puerta de su camarote.

—Adelante.

La puerta se abrió.

Y Susan Palmer apareció en el umbral.

No llevaba minifalda ni un escote en forma de V. Por el contrario, la bata que vestía le llegaba hasta los pies. Pero era igual de provocativa, igual de hermosa, porque Susan Palmer llevaba la tentación en la sangre.

Clive necesitó apoyarse en uno de los armarios metálicos del camarote.

—Te he visto subir a última hora —dijo ella—, cuando ya iban a retirar la escalinata. Y estoy muy enfadada contigo.

—¿Conmigo?

Clive no solo no entendía aquello. Es que además sentía como si el suelo fallara bajo sus pies.

—No viniste a mi apartamento.

—Yo... fui.

—¿Por qué mientes? Te estuve esperando durante mucho rato. Y al

final se presentaron dos federales haciéndome preguntas absurdas. Nunca me había comportado así con un hombre, y nunca más volveré a hacerlo. Me siento avergonzada y humillada.

Clive la miró bien. Necesitaba convencerse de que no estaba soñando otra vez.

—¿Por qué me miras de ese modo?

—Por nada... Es que hace tiempo tuve un mal sueño.

—¿Referente a mí?

—Sí... Te veía muerta. Fíjate qué barbaridad. Muerta. Colgada con un hilo de seda de la cadena de una lámpara.

Ella rio.

A Clive le pareció imposible que aquella mujer estuviera fingiendo. ¡Pero entonces eso significaba que él estaba loco!

—Que sueño tan estúpido... —dijo Susan—. Tan estúpido como las preguntas de aquellos agentes. ¿No me invitas a un cigarrillo?

—Claro que sí. Perdona.

Encendieron. Ella le miró con curiosidad.

—¿Vas a hacer todo el viaje con nosotras?

—Creo que sí.

—¿Para vigilarnos?

—Bueno... En cierto modo.

—Conmigo no valen disimulos. Yo te conozco.

—Supongamos que he venido aquí para eso: Para vigilar. ¿Te parecería tan extraño?

—El que me parece extraño eres tú.

—¿En qué sentido?

—Antes eras... No sé... más decidido.

CAPÍTULO IV

Clive estaba inquieto.

Veía filtrarse la luz de la luna a través del ojo de buey, y aquella luz le parecía espectral. Dibujaba extrañas figuras en la pared frontera del camarote.

Debían ser ya las tres de la madrugada.

Clive Murdock se incorporó.

Ahora era cuando tenía la sensación de estar viviendo un sueño, como si volviera a ver a la muchacha muerta.

—Tal vez ahora esté en baja forma. ¿Qué camarote ocupas, Susan?

—Al fondo de este mismo pasillo. Me parece que tú y yo estamos solos. ¿Te parezco de verdad una muerta? ¿Te molesta que haya venido a verte?

En aquel momento alguien más golpeó con los nudillos en la puerta. Una voz masculina avisó:

—¿No iba a hacer las comidas con la tripulación? Puede venir cuando quiera... La cena está servida.

—Creo que no voy a cenar hasta la semana que viene —dijo Clive.

—Yo tampoco —dijo la muchacha.

Pero esto último el camarero ya no lo oyó.

Se puso a oscuras unos pantalones, una camisa y unos zapatos de lona ligera, y salió. El largo corredor estaba iluminado solo parcialmente. Más allá empezaban las escaleras que llevaban a la cubierta, al comedor y a los amplios salones preferentes.

Todo estaba en silencio.

En la cámara de mando solo debían hallarse los oficiales encargados del servicio. Aunque la mar estaba algo picada, no se había señalado, al parecer, ninguna emergencia. El buque cabeceaba fuertemente a causa de su elevada velocidad. Esta era casi la de un destructor: alrededor de unos treinta nudos.

Para que el buque diera más sensación de nave deportiva y de yate exclusivamente concebido para vacaciones, se le había dotado, en cierto modo, con la figura exterior de un navío de vela. Tenía tres palos: popel, proel y mesana. Y hasta lucía un magnífico mascarón de proa que hacía pensar en mil singladuras aventureras.

Clive recorrió ambos lados de la cubierta, de un lado a otro. Su atlética figura se movía en absoluto silencio, como si fuera un fantasma.

No encontró a nadie.

Pero de pronto, al rodear una de las escalerillas que llevaban a la cubierta de botes, le pareció oír un susurro.

Era como si alguien caminase con grandes precauciones. Evitando hacer ruido.

Todos los sentidos de Clive Murdock se aguzaron. Se pegó a una de las paredes y aguardó.

Le pareció entonces ver, en la oscuridad, una figura absolutamente negra. Tan negra de la cabeza a los pies que era como una visión de pesadilla. Sin duda iba cubierta con una malla que se ceñía a su cuerpo. Pero a aquella distancia y entre una relativa oscuridad, resultaba imposible decir si se trataba de un hombre o de una mujer.

Clive se puso en movimiento también. Siguió a aquella figura sigilosamente.

Pero cuando llegó a la zona donde acababa de verlo, el extraño personaje había desaparecido ya. También se movía como un fantasma.

Clive comprendió que no podía perseguirlo a ciegas por un buque que aún le era casi desconocido.

Lo mejor sería tratar de seguir sus movimientos y sorprenderle.

De los tres palos del buque, él estaba junto al mayor. Y no le sería difícil encaramarse hasta un falso puesto de vigía que estaba situado en lo alto, para aumentar aquella sensación de buque velero con que se había querido dotar al pequeño trasatlántico.

El federal subió ágilmente por una escala de cuerda. No le costó nada llegar hasta el falso puesto de vigía.

Miró hacia abajo.

No se veía nada, excepto la cubierta vacía totalmente. La piscina había sido cubierta por una red para que nadie cayese a ella en un descuido. Precaución necesaria, porque el buque cabeceaba cada vez más violentamente a pesar de sus estabilizadores.

Fue al mirar hacia proa cuando Clive comprendió que las cosas se iban a poner mal.

Entraban en un espeso banco de niebla. La sirena sonó dos veces, pese a que el radar del buque no debía haber captado la presencia de ninguna otra embarcación.

Pronto la oscuridad más completa rodeó a Clive Murdock.

Era una oscuridad espesa, pegajosa, que parecía echa de mil pequeños tentáculos.

Pensó que era mejor descender y volver al camarote. Toda inspección resultaría ahora inútil.

Pero al ir a volverse, le pareció notar muy cerca una respiración jadeante.

¡Alguien estaba junto a él!

Se ladeó instantáneamente, y la hoja del cuchillo pintada de negro, le rozó las costillas, dibujando entre ellas una delgada línea de sangre. De no ser por su rápido gesto, Clive hubiera acabado con el corazón atravesado

limpiamente.

Trató de abrazar a su desconocido enemigo, un enemigo fantasmal al que no podía ver.

Las sirenas del buque aullaron roncamente en aquel instante, con redoblada fuerza. Lo ensordecieron todo.

Aquel sonido ululante ahogó el leve grito que lanzó Clive Murdock al notar que caía al vacío.

Al ladearse para evitar la cuchillada, perdió pie. Se encontró de pronto flotando entre la niebla.

La altura era suficiente para que se matase al llegar a cubierta. Tendió los brazos desesperadamente intentando sujetarse a algún sitio.

Su mano izquierda rozó con una cuerda. Al asirse a ella, resbaló. En la palma de aquella mano se dibujó un grueso hilo de sangre.

A pesar de su esfuerzo, Clive no había podido sujetarse. Perdió contacto con la cuerda. Rechinó los dientes... ¡y notó que seguía cayendo!

En aquel momento el buque dio un brusco bandazo a estribor.

Normalmente Clive debía haberse estrellado contra la cubierta, pero el bandazo desplazó el buque. Bruscamente el agua negra se extendió ante sus ojos emergiendo como una aparición entre los jirones de niebla. Clive tendió los brazos.

El frío le llegó hasta los huesos.

Entre una espantosa oscuridad, se dio cuenta de que se había hundido profundamente. No podía ver nada del buque, pero este, sin duda, pasaba en aquel momento encima de su cabeza. ¡Había quedado debajo de la quilla!

A una velocidad media de treinta nudos, aunque quizá la hubiera disminuido a causa de la niebla, el barco pasaría por encima de su cabeza como un meteoro. Y él quedaría perdido, abandonado para siempre entre aquellas aguas negras.

Sin posibilidad de salvación. Cuando se dieran cuenta de su ausencia, él ya habría sido tragado por las aguas. Estas, además, estaban heladas y pronto paralizarían sus movimientos.

Fue ese terrible peligro lo que hizo que Clive se moviera con la velocidad de un pez. Tensó su cuerpo y se elevó hacia la superficie, surcando aquella masa negra.

De pronto oyó una terrible trepidación sobre su cabeza.

¡Las hélices!

¡Iba a emerger justo donde las gigantescas palas batían el agua! ¡Le destrozarían en unos segundos!

Nadó de costado, apartándose de aquel fatídico camino, aun a riesgo de alejarse del buque y perderlo para siempre.

En el lugar donde él emergió, el mar estaba batido de una forma demoníaca. Se hallaba en la zona de influencia de las hélices, que ahora no

le atraían, sino que le lanzaban bruscamente a un lado, alejándole cada vez más. Vio que las luces de situación del buque parecían flotar entre la niebla.

¡Lo menos estaba ya a veinte yardas!

¡Lo había perdido!

Clive Murdock se encontró solo, desesperadamente solo entre aquella masa negra, hundido hasta el cuello en un picadillo de hielo y niebla que le iba paralizando poco a poco. ¡Y el buque no disminuía la velocidad! ¡Se alejaba cada vez más!

El federal pensó que no tenía ninguna posibilidad de alcanzarlo. Pero para luchar hasta el fin y al mismo tiempo para no dejarse vencer por el frío, nadó furiosamente.

Sin embargo era inútil.

¡El buque se alejaba cada vez más!

El aullido de la sirena le pareció entonces como un alarido de muerte, como la música macabra de su propio funeral.

Sus brazadas largas, rítmicas, potentes, de hombre entrenado para los juegos olímpicos, le hubieran aproximado a un buque de velocidad normal. Sin embargo no servían para nada ante un navío que surcaba las olas con la velocidad de un destroyer.

Pero de pronto sintió como si las luces del buque se hubieran inmovilizado.

¡Parecían estar más cerca! ¡Sí! ¡No era una ilusión de sus sentidos!

¡El buque se había casi detenido!

¿Quizá habían notado su desaparición? En todo caso era muy extraño, porque él no había lanzado ningún grito. Pero pronto dio con la explicación, al comprender que el navío debía haber captado por su radar la presencia de otro, y aminoraba su velocidad, como ordenan los reglamentos internacionales, a causa de la niebla.

Pronto llegó a la altura del casco.

¿Pero cómo subir? No había ningún saliente.

De pronto una cuerda saltó desde cubierta. Parecía lanzada al azar, pero cayó cerca de él.

«Han notado mi caída... —pensó Clive—. Estupendo...».

Se sujetó a la cuerda y gritó:

—¡Arriba, por favor! ¡Voy a subir!

La cuerda se tensó.

Alguien empezó a tirar de ella mientras Clive, pese a la fatiga de sus brazos, trepaba por el cáñamo con habilidad de gimnasta. Pronto estuvo a la altura de la borda.

—Gracias... —dijo con voz jadeante.

Nadie le contestó.

Entonces Clive alzó los ojos, con una terrible sospecha, y lo que vio le

hizo estremecer más que el frío de las oscuras aguas. Porque lo que tenía delante era una figura completamente vestida de negro y cuyos relieves apenas podía distinguir. Una máscara también negra cubría su rostro. Dos ojos le miraban demoníacos a través de los únicos orificios que había en aquella máscara.

Pero no era solo eso.

Un tercer ojo le miraba: El de una pistola provista de cañón silenciador y que le apuntaba directamente a la cabeza, desde apenas cuatro pasos.

Clive saltó de la cuerda mientras un taponazo sonaba ante su misma cara.

La bala solo le rozó. Una décima de segundo más de vacilación y le hubiera atravesado. El joven se encontró de nuevo entre las turbias aguas, sabiendo ahora que si habían lanzado ahora aquella cuerda había sido solamente para poder apuntarle con más seguridad. Y que ahora nadie le salvaría.

Las cosas se complicaron aún más instantes después.

Su misterioso enemigo, inclinado sobre la borda, estaba vaciando el cargador entero contra el agua. Las balas pasaron junto a Clive, pero la niebla impedía que el tirador pudiese precisar la puntería. Por una vez, Clive dio gracias mentalmente a la oscuridad y a todo lo que la oscuridad significaba.

Tuvo la suficiente serenidad, en aquellas trágicas circunstancias, para hacer tres cosas: mantenerse bajo el agua, nadar aproximándose a la misma velocidad de avance del buque y contar los disparos.

Lógicamente, su enemigo debía pensar que él se estaría quieto, sobre todo si había sido alcanzado. Y que, por lo tanto, quedaría situado cada vez más a popa.

Por eso, al avanzar el navío, los tiros se dirigieron también contra la zona donde teóricamente debía estar él. Su enemigo no sospechó que lo tenía debajo del cañón de su automática.

Por otra parte, Clive Murdock había ido contando los disparos.

Su desconocido enemigo había tirado antes una vez. Quedaban, por tanto, siete balas en su arma.

Cuando se hubo producido el séptimo disparo, Clive emergió, nadando vigorosamente para sujetarse a la cuerda.

Permaneció durante varios minutos respirando y hundiéndose, siempre sin soltar la cuerda, hasta convencerse de que el fantasma negro había desaparecido.

Sin duda creía haber terminado con él.

Clive emergió entonces, trepando poco a poco hasta la borda, por la que asomó con precaución.

No se veía a nadie.

El silencioso drama había pasado inadvertido para todos los ocupantes

de aquel buque de placer, que dormían plácidamente.

El joven regresó a su camarote. Estaba chorreando agua y tiritando de frío. Con gusto se hubiera tomado una taza de té hirviendo, pero necesitaba disimular.

Cayó sobre la litera pesadamente.

CAPÍTULO V

El capitán se sirvió una ración de *whisky* que hubiese mareado a un pirata y preguntó:

—¿Qué le parece nuestro modesto paquebote? Marcha, ¿eh?

—Sí. He calculado que hace treinta nudos.

—Y en determinados momentos incluso más. Pero anoche pasamos un mal trago a causa de la niebla. Casi hubimos de parar porque la visibilidad era cero. Y el radar anunciaba un enorme buque, seguramente un petrolero, que se aproximaba a nosotros casi en línea recta.

—Pero no ocurrió nada...

—Nada, salvo la pérdida de velocidad durante un buen rato. Supongo que usted dormiría entonces...

—No se lo puede imaginar. Dormía como un bendito, pero soñé que alguien me arrojaba al agua.

—¡Si llega a ser verdad se huela!

—Sí, amigo mío, me quedo como un témpano. Pero afortunadamente los sueños nunca suceden en la realidad.

Clive se sirvió a su vez un trago de *whisky*. La verdad era que aún sentía en los huesos el mismo frío de la noche anterior.

—¿Ha hablado con las chicas? —preguntó el capitán.

—Todavía no.

—He de advertirle una cosa: Tenga cuidado y no bromea con ninguna. Aquí somos muy serios. Sobre todo no entre en el camarote de cualquiera de ellas, ni permita que ellas lo hagan en el suyo.

Clive se puso la mano en el pecho.

—No lo permitiré. ¡Puede estar seguro! Por cierto, ¿hay algún sistema de seguridad en las puertas para que nadie pueda molestar mientras uno tiene dentro a una chica?

—¿Qué dice?...

—Mientras uno tiene una chica dentro y la está convenciendo de que ha hecho mal en entrar, claro.

—Ah, eso es distinto. Pues no, no hay ningún sistema de seguridad especial. Pero aquí nadie molesta a nadie.

—Desde luego, a mí no me molestaron. Aunque...

—¿Qué?

—Nada, capitán, nada... Y gracias por el *whisky*. Buenos días.

Clive salió de la cámara de oficiales y descendió a la cubierta principal.

Veintiuna sílfides, a cuál más portentosamente bonita, se bronceaban junto a la piscina.

Clive sabía que probablemente una de ellas había tratado de matarle la noche anterior. ¿Pero quién? ¿Por dónde empezar unas investigaciones para las que no tenía la menor pista?

Fue a su camarote y volvió a subir llevando solo el *slip* de baño. Otro quizá se hubiera sentido cohibido ante tantas mujeres, que le miraban sin disimular, pero Clive se encontraba en su ambiente. Pese a los remojones nocturnos, todas aquellas señoras tan estupendas harían que le pareciese estar viviendo la mejor aventura de su vida.

Nadó un poco y se sentó al sol.

Una de las mujeres avanzó lentamente, luciendo un bikini cuya tela hubiese cabido en un dedal.

Clive la reconoció por haber visto últimamente algunas fotografías suyas. Era Ruth Davison, la rutilante «Miss Universo» cuyo título no todos reconocían.

Ruth Davison se sentó junto a él.

—¿Te molesto?

—Eso es lo que solemos preguntar los hombres cuando nos acercamos a una mujer.

—Es que ahora el mundo se ha estropeado mucho, y todo anda al revés. ¿Puedo hacerte compañía un rato?

—Todo el que quieras. Y si es en privado, mejor.

Ella extendió las piernas.

—¿Te gustan?

—La verdad, no sé si comérmelas aquí mismo o envolverlas para llevármelas a casa.

—Antes anunciaba medias. Empecé con eso.

—Tú puedes anunciar lo que quieras, nena, incluso dolores de muelas. La gente los compraría.

Bruscamente el tono de voz de la mujer cambió. Se hizo más leve, aunque fingió que la conversación seguía siendo intrascendente.

—¿Has averiguado algo?

—Ni una palabra.

—Te lo pregunto porque me siento intranquila. Esta situación no me gusta. Tengo miedo.

—Tú eres la única mujer de quien puedo fiarme, Ruth. La que nos puso sobre la pista.

—Más me valiera no haberlo hecho.

—¿Por qué?

—¿Quién me mandaba a mí meterme en líos? Pude perfectamente haber lanzado a la papelera aquella agenda. Si una de esas mujeres es doctor en Física Nuclear y quiere fugarse a China porque cree que allí la harán emperatriz, ¿a mí qué me importa? ¿Por qué tuve que meterme en algo que no me incumbía?

—Supongamos que un deber de ciudadanía.

—Que, a lo peor, me premian enterrándome en una caja de zinc.

—¿Por qué pensar esas cosas? Imagina, por el contrario, que me dices cuál es el número de tu camarote. Y que yo voy a hablarte de los peligros en que te has metido.

—Mi camarote es el once, pero no recibo visitas. Una tiene que cuidarse. Ser «Miss Universo» requiere renunciar a muchas cosas.

La voz de Clive también cambió de pronto, mientras simulaba tener los ojos perdidos en la lejanía.

—¿Qué conversaciones habéis tenido? —susurró—. ¿Alguna te parece más inteligente que las otras?

Ella denegó con la cabeza poco a poco.

—Todas hablan de temas sin importancia. La que conozca las altas matemáticas y sea doctora en Física Nuclear, lo disimulará muy bien.

—Si pudiera hacer alguna prueba... Pero ya comprendo que eso es imposible.

—Resulta fácil para una mujer simular que no sabe nada de nada y que lo único que le preocupa son las últimas marcas de maquillaje. De todos modos, yo trataré de sonsacarles alguna cosa. Trataré de ver si cualquiera de ellas es más inteligente que las otras. Cualquier cosa que averigüe te la diré, pero necesitamos un sitio discreto para vernos.

—¿Cuál? Yo tengo la sensación de que todo el mundo nos vigila.

—En este buque hay, como en todos, un departamento de equipajes. ¿Sabes dónde está?

—Lo averiguaré fácilmente.

—Nos veremos allí a las dos de la madrugada, para que me expliques las conversaciones que hayas podido tener con todas esas beldades. Y luego yo te explicaré que una mujer, por muy «Miss Universo» que sea, no tiene que renunciar a nada.

—Me parece que no lograrás convencerme, pero puedes probar.

Lanzó una carcajada, como si él acabara de explicar un chiste muy gracioso, y se alejó hacia la piscina moviendo sus ondulantes caderas.

Instantes después se había lanzado al agua. Y Clive casi sintió alivio.

Porque había estado tentado de demostrar al capitán —quien les miraba desde el puente superior— que él no era una persona seria.

* * *

Las dos de la madrugada.

Todo el pasaje debía estar dormido, y solo velaban los marinos y oficiales de turno. También velaba Clive Murdock, pero la verdad, no era por su gusto.

Penetró silenciosamente en el departamento de equipajes.

No había allí ninguna luz.

Palpó los conmutadores de su derecha y, al mover uno de ellos, se encendieron unas espaciadas lámparas que derramaban una extraña claridad color naranja. Eso le permitió ver las estanterías de acero donde los equipajes estaban colocados.

Había muchos baúles, debido, sin duda, a que las bellezas que el buque transportaba necesitaban una gran cantidad de ropa variada para las exhibiciones.

Pero vio también algo más. Algo que no debía contener vestidos de miss.

Un ataúd.

Un gran ataúd de caoba clara, con el interior seguramente forrado de zinc, y el cual reposaba en el suelo, al final del pasillo frente al cual Clive se encontraba ahora.

El joven fue a acercarse a aquel extraño e inesperado objeto. Pero no llegó hasta él.

De pronto una silueta pareció brotar de la penumbra.

No era una silueta más o menos fina, como la de la noche anterior, sino ancha, maciza y pesada. La de un verdadero campeón de *catch*. En cuanto a la cara, no pudo verla, porque en el mismo instante de darse cuenta de la presencia de aquel intruso, Clive Murdock ya recibió el primer golpe en la nuca.

Se bamboleó, sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo y que la luz anaranjada se convertía en luz color sangre.

Pero inmediatamente se dejó caer. Uno, viendo a su enemigo, podía defenderse mejor desde el suelo.

Cayó de cara al techo, mientras alzaba las piernas.

Su enemigo trató de patearle. Era un gigante, un coloso como pocos había tenido Clive enfrente. El joven, a pesar de la debilidad que le producía el reciente golpe en la nuca, logró trabarle la pierna con que el otro le atacaba, y mediante una hábil presa le derribó de costado.

Oyó un gruñido.

El gigante había golpeado con una de las estanterías de acero, pero eso no produjo en él otro efecto que el de excitarle todavía más. Se lanzó al ataque con redoblada furia.

Clive se había sentado ahora en el suelo.

Su enemigo trató de golpearle en la mandíbula con la puntera del zapato, golpe que sin duda le hubiera dejado *groggy*. Pero Clive le sujetó velozmente por el tobillo.

Lo retorció. El gigante no pudo conservar el equilibrio demasiado tiempo.

Un segundo después daba una vuelta completa sobre sí mismo, intentando zafarse, pero la llave de Clive era demasiado dura para eso. Se oyó un terrible estruendo cuando el otro cayó de bruces a tierra.

Sin embargo no perdió el sentido.

Intentó girarse, porque ahora Clive estaba a su espalda, pero el federal no le dio oportunidad de hacerlo. Saltó sobre su cabeza y ahora fue él quien le golpeó en la nuca.

Se oyó un gruñido.

Un nuevo golpe en la nuca, y el gigante quedó tieso. Clive era especialista en aquella clase de caricias con el canto de la mano. E iba ya a registrar a su desconocido enemigo, para tratar de hallar alguna pista, cuando de pronto oyó pasos que descendían la escalerilla metálica.

Aquella escalerilla terminaba a pocos pasos de la puerta. Eso significaba que alguien iba a entrar de un momento a otro.

Quizá Ruth Davison, «Miss Universo». Pero podía ser también uno de los miembros de la tripulación.

Clive Murdock no perdió tiempo en pensarlo. Necesitaba hacer desaparecer cuanto antes las huellas del reciente combate.

Arrastró velozmente por los pies al gigante y lo colocó bajo una de las estanterías. Luego hizo lo propio con el ataúd, ocultándolo lo mejor que pudo en aquellas circunstancias. Desde luego, desde la puerta nadie podía verlo.

Luego corrió hacia los conmutadores.

Tuvo el tiempo justo para apagar las luces. En aquel momento la puerta ya empezaba a abrirse.

Clive quedó justamente detrás de la hoja de acero, oculto por esta. Afortunadamente la puerta se abría no hacia fuera, sino hacia el interior del departamento de equipajes.

Una mano giró el conmutador... Las luces anaranjadas volvieron a encenderse.

El marino entró en el departamento y lo miró todo con ojos inquisitivos. Luego se encogió de hombros y volvió hacia la salida.

En aquel momento el buque cabeceó de una forma inesperada y violenta.

La puerta de acero tras la que se ocultaba Clive, giró a efectos de la inercia. Y el joven quedó al descubierto.

El marinero se llevó una mano a la boca.

—Ya me parecía haber oído ruido... ¿Pero qué hace usted aquí?

—No lo va a creer, amigo.

—Desde luego. No creeré una palabra.

—Estoy aquí por encargo de «Miss Universo».

—No me diga.

—Ella empezó anunciando medias.

—¿Sí, eh?

—Quiere que le haga una foto publicitaria. Una foto comercial, se entiende. Poniéndose unas medias color humo.

El otro empezó a marearse, y no era solo por el hecho de que el barco cabeceara.

—No le creo una palabra.

—Estaba buscando el baúl donde ella guarda sus medias. Dice que tiene toneladas de ellas. Y que se iba a ahorcar con la primera que encontrase si yo no le complacía.

—¿Dónde está «Miss Universo» ahora?

—Pues... en mi camarote.

—Vamos a verlo.

Clive tragó saliva. En cuanto aquel marinero vióse el camarote vacío, era capaz de llevarle ante el capitán.

—Oiga, usted no tiene derecho...

—Quiero saber si es cierto lo que dice. En este buque hay que ser muy serios.

—Amigo, el lío en que estoy metido es de lo más serio del mundo. Pero no quiere creerme, venga.

La puerta se cerró y las luces fueron apagadas.

Clive pensó que el misterioso individuo y el no menos misterioso ataúd quedaban dentro, pero no dijo una palabra. Bastante complicadas estaban ya las cosas.

Llegaron a su camarote.

«Ahora viene lo malo —pensó Clive—; ahora se dará cuenta de que he mentido y se descubrirá todo el pastel...».

Empujó la puerta.

Y dentro se hallaba Ruth Davison, «Miss Universo». Se estaba poniendo una media color humo.

Clive cerró la puerta de golpe.

—¿Ha visto? —bisbiseó, mirando al marinero—. Le falta la otra.

El rostro del tripulante se había vuelto de color ceniza.

—Todo esto debe ser terrible para usted —dijo con tono de lástima.

—Sí... No lo puede ni imaginar. Uno queda hecho polvo.

—No hay para menos. ¡Tener que sacar fotos a una beldad así y no poder acercarse a menos de tres pasos!

—Ah, ¿quería decir eso?

—¿Qué pensaba entonces?

—Nada, nada, amigo... Y ahora, con su permiso, voy a preparar las fotos. Esto es un suplicio, un suplicio espantoso. Pero el deber me llama.

—Qué se le va a hacer, amigo.

Y el marinero fue a retirarse. Clive le detuvo con un gesto.

—¡Ah, una cosa! ¡Si no he salido dentro de un par de días, me envían una botella de *whisky* por el tubo de la ventilación!

—¿Pero tanto trabajo dan las fotografías?

—Con una mujer así, las placas se velan. Usted no sabe lo que es eso.

Y entró en el camarote.

Ruth Davison había terminado su delicada tarea. No le faltaba detalle.

Clive Murdock respiró con fuerza, para evitar marearse él también.

—¿Cómo no has venido al departamento de equipajes? —preguntó.

—Pensaba que nos reuniríamos aquí antes.

—Las mujeres tenéis una lógica muy especial. Bueno, ahora ya está hecho... ¿Qué tienes que decirme?

—¿Decirte sobre qué?

—Sobre lo que hablan esas chicas.

—Todas dicen lo mismo.

—¿Y qué es?

—Que no voy a conseguir nada contigo. Que si te han hecho venir a este crucero donde hay tantas mujeres, es porque no te gustan las chicas. Porque eres un tipo raro, de los de la otra esquina.

—¿De veras?

—Eso es lo que aseguran. Y lamento no haber podido averiguar nada más importante.

—De modo que de la otra esquina...

—Tú sabrás.

—Y tú, supongo que tienes curiosidad por saberlo.

—Me muero...

Clive descolgó el teléfono interior del camarote. Llamó al bar.

—Hace poco he pedido a un marinero una botella de *whisky* —dijo—. No sé si les habrán pasado el encargo.

—Hace un momento. Usted es el fotógrafo, ¿no?

—Ajá. Pues envíen dos botellas. Hay alguien que las va a necesitar para quitarse el susto...

Antes de colgar añadió:

—Pero envíenlas mañana...

CAPÍTULO VI

El capitán le miró de soslayo, mientras señalaba un rumbo sobre su carta marina.

—Hola, señor Murdock.

—Hola, ca... capitán.

—Le veo a usted extraño, señor Murdock.

—¡Uf, debe ser el calor!

—¡Pero si hace frío!...

—Bueno... Uno no tiene la obligación de ser un termómetro, ¿verdad? ¿Me permite?

Y se dejó caer sobre una silla.

—Me parece que usted está en baja forma, señor Murdock —dijo el capitán con expresión intrigada.

—¿Sí? ¿Qué le hace suponer eso?

—Arrastra los pies, se apoya en las paredes y va con la cabeza baja.

—Es que me mareo.

—Claro... Debe ser espantoso eso de fotografiar a tantas chicas y no poder acercarse. Por cierto, ¿ya ha revelado algunas fotos? ¿No las podría ver?

—Todo se me ha velado, capitán. Me pongo nervioso. ¡Las manos me tiemblan!

—Pues sí que le van a pagar el sueldo en cuanto sus jefes se enteren... Bueno, yo tengo la sensación de que usted quería preguntarme algo.

—Sí, capitán.

—¿Qué es?

—Quisiera saber si en este barco viaja un cadáver.

Las facciones del capitán cambiaron de pronto. Por ellas pasó como una sombra.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó duramente.

—¿Viaja o no?

—Sí. Pero dígame cómo lo ha averiguado.

—Vi el ataúd en el departamento de equipajes.

—Eso es imposible.

—¿Por qué ha de serlo?

—Porque el ataúd va dentro de una gran caja que no se diferencia en absoluto de las demás. Una caja cerrada.

—Pues yo vi el ataúd sin ninguna cobertura. Fue una casualidad, pero lo vi.

—¿Cuándo?

—Anoche.

El capitán se pasó una mano por la barbilla recién afeitada.

—No lo comprendo... Pero averiguaremos eso enseguida. ¿Quiere acompañarme?

—Si no hay otro remedio...

Se dirigieron al departamento de equipajes. El capitán abrió y encendió las luces. Clive pensó que aquel tipo iba a encontrarse con una buena sorpresa si les atacaba el gigante de la noche anterior.

Pero no sucedió nada. En aquel departamento parecía no haber existido jamás una presencia humana.

—¿Dónde vio el ataúd?

—Allí, pero luego lo oculté. Entró un marinero y no quería que me viese.

Clive señaló el lugar donde lo había ocultado.

En efecto, el ataúd estaba allí, aunque no en la misma posición. Alguien debía haberlo movido desde entonces.

—Es extraño —musitó el capitán—. Tenía razón usted. En efecto, no está dentro de su caja.

—¿Alguien, un tipo gigantesco, tenía la misión de vigilarlo?

—No. ¿De qué tipo gigantesco me está hablando?

Clive decidió no insistir en aquel punto. Cambió el sentido de sus preguntas.

—¿Quién está ahí dentro?

—Una mujer. Una mujer embalsamada que había sido una de las más bonitas de su país.

—¿Qué país?

—Ella era portuguesa.

—¿Quiere aclararme este asunto?

—Es muy sencillo. Se trata de una de las modelos publicitarias que en vida fue más cotizada de Estados Unidos. Pero ella no era norteamericana, como acabó de decirle. Murió en un accidente y su cuerpo fue embalsamado y encerrado ahí.

—¿Para recibir sepultura en su país?

—Eso es. El ataúd debe ser desembarcado en El Havre y conducido a París. Desde allí, en tren, irá a Madrid y Lisboa. ¿Pero por qué hace tantas preguntas?

—No entiendo por qué esto se ha llevado con tanto secreto.

—No es bonito dar publicidad a una cosa tan triste. Este quiere ser el crucero de la belleza y de la alegría. Los muertos no encajan en esa perspectiva.

Clive se mordió el labio inferior.

—De modo que nadie vigila ese «equipaje», ¿eh? ¿Entonces quién lo ha tocado?

—No lo sé ni lo comprendo, pero haré una investigación en regla. Un par de marineros se ocuparán de colocar otra vez el ataúd en su sitio. Luego cerraré el departamento de equipajes, nadie podrá entrar en él sin un permiso especial.

—Me parece una medida muy razonable.

Cuando salieron de allí, Clive miró recelosamente detrás de él.

Estaba seguro de que unos ojos burlones, intensos, le contemplaban desde la oscuridad.

* * *

Los dos tripulantes seleccionados por el capitán hicieron su trabajo muy poco después. El ataúd fue colocado dentro del cajón donde estuvo antes, y este se cerró y claveteó herméticamente.

Aquella misma tarde, el buque entró en una zona de densos bancos de niebla.

A pesar del radar, la velocidad hubo de ser disminuida a cinco nudos, y la sirena no dejó de aullar lúgubrementemente. El mar estaba quieto como una balsa y de él parecía desprenderse aquella espesa niebla. Esta se hallaba tan baja que no podía distinguirse ni el agua. En cubierta era imposible ver a dos pasos de distancia.

Clive Murdock se sentía intranquilo.

No sabía por qué, pero todo aquel ambiente, aquel silencio solo roto por el alarido de la sirena, le crispaba los nervios.

En el interior de los salones del buque, se jugaba a los naipes o se asistía a una sesión de cine. Algunas de las bellezas hacían ejercicio en el gimnasio; otras recibían un masaje o se aplicaban lociones. Ninguna de ellas parecía intranquila a causa de la proximidad de la niebla.

Tampoco lo estaba aquel marino que se cruzó con Clive en cubierta. Silbaba una alegre cancioncilla al avanzar. No parecía importarle en absoluto que el buque se moviese en un mar con visibilidad cero.

Clive no lo reconoció hasta tenerlo encima. Era el que le encontró en el departamento de equipajes.

—Hola, señor fotógrafo. Soñando en las chicas, ¿eh?

—Soñando despierto. Me traen loco, amigo.

—¿No intenta conquistar a ninguna?

—No, no... De eso ni hablar. Yo soy muy tímido.

—Fue usted quien dijo lo del ataúd al capitán, ¿no?

—Exacto; fui yo.

—Ahora no volverá a salir del cajón. Entre mi compañero y yo lo hemos clavado bien.

—Eso espero.

—Si saca alguna foto... ¡ejem!... ya me entiende, de una de esas chicas, me la enseña. Me llamo Charlie.

—Descuide, amigo, aunque antes tendrá que tomarse un par de pastillas contra el mareo.

Charlie se alejó. Un par de pasos más allá y ya la niebla se lo había tragado.

Clive fue en dirección contraria. De pronto tropezó con alguien más.

Pero esta vez no era con un marinero.

Era como una cosa tierna, dulce, que enseguida le ofreció los labios.

—Cariño...

Clive se estremeció al sentir el contacto de Susan Palmer.

—Caramba, Susan, qué cosas tiene la niebla, ¿eh? ¡Uno se pega cada susto!

—Cariño, merecerías que te matara.

—¿Por qué?

—Anoche fui a tu camarote y encontré la puerta cerrada.

Clive tragó saliva penosamente.

—¿Por qué no llamaste?

—Pensé que estarías con otra.

—¿Cómo eres capaz de imaginar una cosa así? Yo te soy fiel. Cuando me enamoro de una mujer, es para toda la vida.

—Ya lo he notado. Tienes que apuntarte los nombres de cada una en una libretita porque de lo contrario las confundes y te armas un lío.

—Eso son calumnias. Yo te demostraré que...

En aquel momento se oyó un alarido entre la niebla.

Un aullido largo, penetrante, que al instante fue ahogado por la sirena del buque.

Pero Clive ya había oído bastante. Y había oído, sobre todo, de dónde procedía aquel grito.

Subió una de las escalerillas, hasta la cubierta de botes, saltando entre la niebla.

Tropezó con aquel cuerpo caído y él mismo fue a dar de bruces sobre las tablas. En aquel instante vio la sombra ancha, maciza, acercarse velozmente.

Entre la niebla, parecía más misteriosa y más gigantesca. Su mano derecha empuñaba un largo cuchillo.

Cuando Clive apoyó sus manos en cubierta para ponerse en pie, sus dedos se impregnaron con la sangre que se desprendía del cuerpo caído media yarda más allá.

Dio un salto de costado, en el más absoluto silencio.

El cuchillo rasgó el aire.

La hoja de acero solo le rozó. A pesar de la niebla, vio perfectamente a su enemigo.

Era el mismo tipo alto, gigantesco, de la noche anterior.

Sus facciones estaban sudorosas. Sus ojos brillaban como los de un loco

en plena crisis.

Clive sujetó la mano que empuñaba el cuchillo.

Hizo un terrible movimiento de vaivén, queriendo dar impulso al brazo de su enemigo. Y al empujarlo hacia atrás, acentuó el esfuerzo para romperselo secamente.

Pero su adversario no cayó en la trampa. A pesar de su corpulencia, dio una ágil vuelta de campana.

Clive no le soltó la mano. Se la retorció bruscamente, con todas sus fuerzas.

Se oyó un gruñido, y el cuchillo cayó sobre cubierta.

Ahora ya tenía a su enemigo desarmado. A continuación, Clive Murdock levantó la pierna derecha.

El terrible puntapié al mentón hizo estremecer todo el cuerpo de su enemigo. Pero este no fue derribado.

Con una fuerza increíble, tiró de la mano que sujetaba Clive. Este no esperaba aquella maniobra.

Salió despedido hacia adelante y dio una vuelta completa en el aire, teniendo que soltar a su rival. Al instante se encontró hundido entre la niebla, sin saber adónde se dirigía.

Vio confusamente la barandilla. Se sujetó a ella.

Hizo bien, porque de lo contrario hubiera salido precipitado hacia la cubierta inferior.

La figura ancha y maciza voló hacia él. Pero Clive Murdock no se estuvo quieto.

Largó la derecha y le recibió dignamente con un puñetazo en el bajo vientre que hubiera dejado fuera de combate a un gorila.

Su enemigo aulló, dio un extraño salto y trató de huir. Clive saltó hacia él.

Sus puños estaban preparados. Pegó sin compasión. Golpeó implacablemente, pero no para dejar *K.O.* a su enemigo. Golpeó a matar.

Los tres impactos a la cara fueron tan terribles que notó que sus nudillos se cubrían de sangre.

El asesino salió materialmente lanzado al aire por la fuerza de aquellos puñetazos. Quiso sujetarse a la barandilla, como antes había hecho Clive, y no pudo.

Su enorme corpachón cayó a la cubierta inferior. Se produjo un golpe sordo.

Pero era eso lo peor que podía ocurrirle a Clive. Si su enemigo aún estaba lo bastante entero para correr, se escaparía entre la tiniebla.

Clive saltó sobre la barandilla y se precipitó también él a la cubierta inferior.

Pero ya no vio nada.

Su enemigo debía estar entero, más entero de lo que parecía. Y ya se

había esfumado entre la niebla.

Esta era más espesa cada vez.

Dos tripulantes, que habían oído los gritos, aparecieron corriendo, siendo portadores de linternas amarillas. Con ellas disipaban relativamente la bruma.

La sirena volvió a atronar el espacio.

—¿Qué ha sucedido?

—Allí arriba...

Subieron los tres. El cuerpo del marinero yacía con la cabeza en grotesca posición. Parecía como si no estuviera unida al tronco.

Y, en efecto, casi no lo estaba.

Clive farfulló:

—Lo han degollado...

CAPÍTULO VII

—Yo estoy seguro de que es obra de un loco, capitán —susurró Clive Murdock—. Ese tripulante fue muerto porque había tocado el ataúd. Vi un hombre junto a la caja, y la primera noche me atacó a mí también. Por alguna causa que desconocemos, debe querer guardar el ataúd él solo. Debe querer que nadie lo toque. Eso significa que el otro marino corre peligro de muerte también. Para no hablar de yo mismo.

El capitán asintió con un gesto de inquietud.

No entendía nada de todo aquello, pero no podía negar que le consternaba.

—No tengo ya motivos para dudar de que ese hombre existe —dijo secamente—. Y se trata de un polizón. Por tanto hemos de encontrarlo cueste lo que cueste.

—¿Va a registrar todo el buque?

—Eso no es tan difícil.

Llamó al primer oficial y dio unas órdenes. Marineros armados debían situarse en todos los puntos esenciales del buque, para que nadie pudiera ir de un lado a otro del mismo. Mientras tanto, un grupo compuesto por cinco hombres, también armados, debía registrar el navío de lado a lado, apresando al polizón o tirando a matar sobre él si intentaba resistirse.

—Usted enciérrese en su camarote —ordenó a Clive—. Mientras las cosas no se aclaren, su actitud es sospechosa.

—No iré a creer que a aquel marino lo maté yo. Tengo una testigo: Susan Palmer.

—Lo sé, y por eso no le hago encerrar. Pero estará a mi disposición hasta que esto se solucione.

—Me parece un trato muy razonable. Aunque yo, en su lugar, no esperaré a llegar a El Havre. Me detendré en Inglaterra antes, para que se hiciese una investigación en regla. E incluso en las Azores, si era preciso.

—Es posible que lo haga. Pero mientras tanto he de resolver los problemas más inmediatos.

Clive comprendió que el capitán tenía razón. Y que más le valía, por el momento, no meter las narices en nada de aquello.

Fue a su camarote y se tendió en el lecho, con las manos cruzadas bajo la nuca, pensando.

Oía el brusco abrirse y cerrarse de puertas en el buque. El registro, al parecer, era implacable. Pero Clive dudaba de que sirviese para algo.

De pronto la puerta de su camarote se abrió también.

—Por... por favor... u... una botella... de *whisky*.

—¿Qué le pasa, amigo fotógrafo? ¿No se encuentra bien?

Clive se balanceó sobre sus pies, a punto de caer.

Daba la sensación de que ni fuerza tenía para desplomarse.

El capitán entró en el bar en aquel momento.

—Se ve que la travesía le sienta mal.

—Estoy... hecho polvo.

—¡Pues si tenemos una mar estupenda!

—No, no es eso... Es que... trabajo.

—Caramba, ahora resulta que el oficio de fotógrafo es la mar de pesado. ¡Nunca lo hubiera dicho!

—Las máquinas que llevo... pesan un quintal. Oiga, capitán... Hablemos de cosas serias.

—¿Se refiere al registro?

—Sí. ¿Qué han encontrado?

—Nada.

Clive parpadeó.

—¿Cómo dice que nada? Me lo temía, pero... ¡No puede ser!

—El registro ha sido perfecto. Y empiezo a creer que usted sufrió una alucinación.

—A este paso las sufriré, pero todavía no. ¿Dice que no han dejado ningún rincón por mirar?

—Ninguno.

—El buque no es tan grande... —reflexionó Clive en voz alta—. ¿Y los palos? ¿Incluso en los palos han mirado?

—Claro que sí.

—¿Qué va a hacer entonces?

—Quería detenerme en las Azores, pero hay huracán en la zona. Lo único que puedo hacer es detenerme en Londres y pedir ayuda a Scotland Yard.

—¿Sigue la niebla?

—¿No lo ve?

Señaló la ventana, a través de la cual solo se distinguía una espesa masa gris. Clive tuvo que entornar los párpados, porque la verdad era que no veía demasiado bien.

—Mientras tanto nadie saldrá de su camarote —decidió el capitán—. Absolutamente nadie.

—Mire, capitán... Mándeme lo que quiera, pero yo en mi camarote no me quedo.

—¿Por qué?

—O paran las visitas o me tiro al agua.

—¿Pero de qué visitas me está hablando?

Clive Murdock tragó saliva.

—No, nada... No me haga caso. Uno tiene pesadillas.

—Pues esas pesadillas deben sentarle mal. Porque está usted muy pálido. Se ha desmejorado mucho desde que empezamos la travesía.

—Y me temo que las cosas aún vayan peor... —dijo Clive lúgubremente, y salió.

Estaba seguro de que ya no lograría averiguar nada interrogando al capitán. Este no había encontrado al «monstruo del ataúd» —interiormente Clive ya le llamaba así—, pero era evidente que el extraño asesino continuaba a bordo. Resultaba difícil deducir dónde se había ocultado, pero por fuerza tenía que estar en alguna parte.

Entonces el capitán salió tras él.

Tenía un aspecto lúgubre.

—Olvidaba que es la hora —dijo.

—¿La hora de qué?

—Venga.

Descendieron a la cubierta inferior. Sus figuras apenas se insinuaban entre la niebla. Y también parecían fantasmales las figuras de los hombres que estaban allí formados, rodeando un ataúd construido a toda prisa y rodeado por la bandera de las barras y estrellas.

El marino asesinado iba a ser lanzado al agua. No podían esperar a llegar a puerto.

El capitán extrajo un libro y leyó dos breves oraciones. Luego todos saludaron.

Tras una seca orden, la plataforma en que estaba colocado el ataúd fue inclinada hacia adelante y la lúgubre caja resbaló, siendo lanzada al agua.

Ni siquiera se vio cómo esta la engullía, tan espesa era la niebla. Solo se oyó un lento chapoteo, muy intenso por el hecho de que las máquinas del buque estaban paradas.

Luego el grupo se deshizo.

Todos parecían dominados por una gran tristeza y también por algo mucho más tortuoso: por el miedo. Un miedo inconfesable, pero lacerante, que no les dejaba vivir.

Clive Murdock regresó a su camarote. Pensaba quedarse allí y atrancar la puerta... hasta que llegase noche. Entonces debería vigilar a las modelos. Daba por supuesto que durante el día nada iba a recurrir.

Pero esta vez se equivocaba.

Porque durante el día ocurrió.

* * *

Primero fue aquel grito ululante.

Fue aquel grito de mujer que recorrió el pasillo y que fue a perderse en

las escaleras que llevaban al puente superior, y donde no había nadie excepto Clive Murdock.

Este corrió hacia el lugar donde aquel grito había sonado. Era a no mucha distancia de su camarote tras un recodo que había a la izquierda.

El grito se reprodujo.

Clive rechinó los dientes. Veía la puerta de donde acababa de surgir. Eso indicaba que el asesino, si es que se había cometido un asesinato, se encontraba aún allí.

Abrió de un golpe.

El interior estaba sumido en tinieblas. Solo la luz del pasillo penetró en el camarote.

Eso le permitió distinguir una cama muy baja sobre la cual descansaba la pierna de una mujer; solo era visible una pierna. La luz cortaba el resto del cuerpo, dejándolo hundido en las sombras. Más allá no se distinguía absolutamente nada.

Aquella pierna de mujer estaba quieta, demasiado quieta. Y no se oía ni un susurro en el interior; eso hizo comprender a Clive que había llegado unos segundos demasiado tarde, que todo había terminado ya.

Fue a encender la luz, que estaba a la derecha del umbral. Y en ese momento algo voló hacia su mano.

El cuchillo pasó entre dos de sus dedos y se clave en el marco de la puerta. Clive comprendió al instante que lo que habían tratado de hacer era clavarle la mano allí. Inmovilizarle.

Solo por unas décimas de pulgada no habían podido conseguirlo.

Tendió la mano izquierda para sujetar a su misterioso enemigo, pero solo tropezó con las sombras.

No había duda de que el asesino —fuese quien fuese— vestía de negro. Y eso le hizo recordar fugazmente al misterioso personaje con quien se había enfrentado noches atrás, cuando trabó conocimiento con las frías aguas del océano.

El instinto le hizo arrojar a tierra.

Y lo consiguió a tiempo, porque de lo contrario habría muerto sin remedio. Un segundo cuchillo rasgó el aire. La hoja de acero se clavó en la puerta.

Clive saltó como un tigre, adivinando la posición de su enemigo y tratando de caer sobre él. Pero otra vez se encontró tan solo con las sombras.

Una puerta, situada al otro lado del camarote, se abrió de repente.

Aquel camarote era en realidad una *suite* de lujo que tenía incluso una pequeña terraza sobre la cubierta de botes. Clive vio una figura negra recortarse fugazmente en el marco gris de la niebla.

Inmediatamente la puerta se cerró, pero Clive creía haber visto ya bastante. Su enemigo era una mujer completamente enfundada en una

espesa malla negra. Una especie de mujer gato, porque la malla le cubría incluso la cabeza, dejando solo unos espacios para los ojos. Sus formas elásticas y duras eran las de una auténtica belleza.

Claro que Clive no se hubiese atrevido a jurar, a pesar de todo, que el asesino fuese una mujer.

Un hombre muy bien proporcionado —por ejemplo un bailarín— poniéndose unos relieves postizos y una malla negra encima, cubriéndole todo el cuerpo, podía confundir a alguien que le viera tan solo durante algunos segundos y en la semioscuridad. Pero de todos modos pronto averiguaría aquello.

Saltó él también hacia la segunda puerta.

La niebla le envolvió apenas había puesto los pies en el exterior. Sin embargo el paso a la luz fue tan brusco que por un breve instante hubo de cerrar los ojos.

No veía nada a dos pasos.

Las moles de los botes, colgados de sus amarras, oscilaban a poca distancia. El asesino podía estar en cualquiera de ellos, bajo la lona. O quizá había saltado ya a la cubierta inferior, confiando en la cerrazón cada vez mayor de la niebla.

Se oían gritos a poca distancia. Sin duda la alarma había sido dada en el sector más próximo del buque.

Clive inspeccionó los botes más cercanos, ya que no podía hacer otra cosa por el momento. Levantó las lonas de todos ellos, hasta llegar al fin de aquella cubierta. Pero dentro de los botes no había nadie.

Entonces le pareció distinguir una figura negra que saltaba ágilmente hacia la proa.

Él se lanzó de la cubierta abajo, confiando en no caer encima del capitán. Luego corrió unas yardas entre la niebla, subió por unas empinadas escaleras metálicas y se encontró en el cuartel de proa, debajo mismo de la cabina de mando.

Casi sobre su cabeza había unas luces encendidas, pero estas no disipaban la espesa niebla. Seguía sin poder verse nada a más de dos o tres pasos.

Sin embargo los ojos de Clive iban captando ya más detalles; se habituaban poco a poco a aquel océano gris. Y por eso creyó ver que la figura negra estaba aún más a proa. Y corrió hacia allí.

No llevaba armas, pero en sus circunstancias eso era lo mejor. Quería cazar vivo a su adversario.

Ahora lo tenía acorralado.

La cubierta se iba haciendo más y más estrecha, al avanzar hacia la proa. Las dificultades para que su enemigo pasase junto a él sin ser visto, aumentaban a cada paso.

Pronto comprendió que no tenía escapatoria.

La figura negra había tenido que subir hasta el mascarón de proa. Ahora se balanceaba ya sobre el agua. No podía huir.

Clive Murdock se descalzó. Con zapatos hubiera resbalado por encima de la resbaladiza superficie.

Avanzó él también.

La figura negra estaba ya al extremo del mascarón, y a pesar del océano gris en que ambos parecían navegar, se distinguían perfectamente sus ojos quietos y profundos, mirándole con odio.

—Más vale que te rindas —dijo Clive suavemente—. Sería una tontería que ahora quisieras suicidarte.

La figura no respondió.

Sus líneas duras y elásticas, maravillosamente firmes, destacaban sobre el fondo gris de la niebla.

—Caer a popa es muy peligroso —siguió diciendo Clive en tono convincente—. Pero caer a proa es mortal. El barco mismo te arrollaría.

En vista del silencio de aquel extraño fantasma, Clive se decidió a atacar.

—Bueno —murmuró—. Si quieres que bailemos los dos, lo haremos...

Afortunadamente, el mar seguía quieto. De lo contrario, ya se habrían ido ambos al infierno.

La figura negra retrocedió un poco más.

Pero ya estaba al borde mismo del mascarón, en un equilibrio completamente inestable. No podía retroceder ni una sola pulgada más.

Clive avanzó.

Y entonces se dio cuenta, con frío horror, de que sus pies habían pasado sobre... unas manos.

¡Alguien estaba colgado del mascarón!

Demasiado tarde comprendió Clive cuál había sido el escondite del «monstruo del ataúd» mientras el buque era registrado. Nadie había mirado en el mascarón de proa. Y un hombre abrazado a él podía pasar allí bastantes horas, permaneciendo invisible hasta que se disipara la niebla.

Una de aquellas manos se movió.

Sujetó el tobillo derecho de Clive.

Este no podía retroceder, no podía tampoco inclinarse de costado. No le quedaba más remedio que intentar mantener por las buenas un equilibrio que ya se iba haciendo imposible.

Y duró poco.

De pronto su pierna derecha resbaló, y todo el resto de su cuerpo derrapó hacia el agua.

Pudo sostenerse en el último segundo con la mano izquierda, quedando colgado a poca distancia del mar gris y de espaldas al «monstruo del ataúd», que ya volvía a sujetarse con las dos manos.

Los dos colgaban del mascarón. Dada su elevada estatura, los dos

tocaban con sus pies el agua cada vez que el buque cabeceaba y se hundía de proa.

Pero con una terrible desventaja para Clive: él estaba de espaldas a su enemigo, mientras que este le tenía de frente.

El «monstruo del ataúd» volvió a colgarse con una sola mano. Con la otra extrajo un cuchillo.

Su brazo armado se tendió como una catapulta, y la lengua de acero buscó los riñones de Clive.

Este había iniciado en el mismo instante una desesperada maniobra.

Se soltó del mascarón, abriendo la mano que le sujetaba a este. Y se sujetó con la otra, pero media yarda más allá, como un gimnasta que pasa por la escalera horizontal. Eso le permitió estar algo más distanciado cuando la lengua de acero le buscó. Y gracias a ello salvó de momento la vida.

Ahora se sujetaba con las dos manos al ancho mascarón, en difícilísimo equilibrio. Pero tenía el consuelo de saber que su enemigo no estaba mucho mejor que él.

Hasta que las cosas cambiaron.

La figura negra de la mujer pasó por encima del mascarón. Y empezó a pisarle las manos.

Clive Murdock ahogó un gruñido.

La figura negra llevaba zapatillas finas, y por consiguiente no le hacía daño. Pero de todos modos las manos de Clive iban resbalando poco a poco. Y el joven tenía ya la sensación de estar envuelto en un espeso mar de niebla, un mar que lo iba engullendo poco a poco e incontinentemente, con la fuerza implacable de una ventosa.

Pronto la figura negra cambió de táctica, al ver que sus delgadas suelas no dañaban los dedos de Clive hasta el extremo de obligarle a soltarse. Entonces empezó a dar puntapiés a las manos del federal, que pronto no pudo ya sujetarse.

Notó que iba a caer.

Su otro enemigo, mientras tanto, se aproximaba más y más, sosteniendo el cuchillo entre los dientes.

El «monstruo del ataúd» se sujetó entonces solamente con la izquierda, empuñó el puñal con la derecha y largó su segundo golpe.

Esta vez Clive no tenía la menor posibilidad de esquivarlo. Solo podía hacer una cosa: Lanzarse al agua.

Y se dejó caer.

El líquido helado le engulló mientras la proa del navío avanzaba hacia él con velocidad que le pareció alucinante.

Nadie podía verle.

La niebla le había envuelto en una especie de sudario mortal.

Clive nadó frenéticamente hacia la derecha, para esquivar la acometida

de la proa que cortaba las aguas con la fuerza de un cuchillo.

Como en una gigantesca pantalla de cinerama, la proa enorme vino hacia él.

Clive contorsionó su cuerpo.

Y el costado del navío chocó con él, pero su intensidad fue mucho menor que la de la afilada proa. Tuvo la sensación de que le iba a elevar sobre ella.

Procurando mantenerse a flote, se dejó resbalar simplemente. El navío pasó junto a él como una exhalación, a pesar de que navegaba a media máquina a causa de la niebla. Clive pensó en el peligro de la otra noche: las hélices que le harían pedazos.

Intentó encontrar algo para subir. Pero no había más que el costado liso del buque. Un costado blanco y lechoso que cada vez le parecía más resbaladizo.

El mar se había ido agitando en las últimas horas. Al principio el buque había cabeceado simplemente, pero ahora empezaba a hundir prácticamente toda la proa en el agua, remontándose luego a las alturas. A Clive le pareció que, en un solo instante, la cubierta se acercaba a él y luego se perdía en el infinito, mientras la línea de flotación subía y subía, hasta dar la sensación de que iba a quedar desnuda la quilla del buque.

Ya se oía el traqueteo feroz de las hélices.

Clive comprendió que iba a llegar su última oportunidad y se preparó. El paréntesis entre dos olas largas hundió materialmente el buque. Luego el agua pasó por encima de cubierta.

Por unos momentos, dio la sensación de que el navío se hundía. Y ese fue el momento que Clive Murdock eligió para saltar hacia arriba con todas sus fuerzas, tendidos a lo alto sus brazos.

Con la punta de los dedos logró sujetarse al borde de la cubierta.

Esta estaba terriblemente resbaladiza.

Luego el buque, emergiendo sobre una gigantesca ola, quedó con las hélices y con parte de la quilla al descubierto. El federal tuvo la sensación de que una fuerza gigantesca, un ascensor sobrehumano le elevaba hacia las alturas para dejarle caer luego a la sima más profunda.

Los dedos de su derecha resbalaron.

Solo se podía sujetar ya con la izquierda.

Boqueó, sintiendo que le faltaba la respiración, y en ese momento el barco volvió a hundirse. Casi todo el cuerpo de Clive se sumergió en el agua. Esta se elevó.

Pudo entonces sujetarse con las dos manos de nuevo y flexionar los brazos para izarse.

Se sujetó mejor a la cubierta.

Un instante después podía izarse. Pero un golpe de mar le hizo rodar sobre las tablas. No se dio cuenta de lo que ocurría hasta que se encontró

rodando por las escaleras. El golpe de mar había abierto una de las puertas. Envuelto en espuma, se encontró de pronto en una de las cubiertas inferiores.

Aún no sabía lo que le ocurría. No podía creer que siguiese con vida.

El vértigo le dominaba.

De pronto el barco cambió de rumbo, cortando las olas lateralmente. El cabeceo se transformó en un terrible balanceo lateral, pero el agua dejó de penetrar por la puerta que había servido a Clive para entrar sin darse cuenta.

Entonces el joven alzó la cabeza.

Vio una falda muy cortita.

Y unas piernas muy largas.

Y unos zapatos de alto tacón.

Y arriba, muy arriba, unos labios rojos que parecían susurrar algo. Y unos ojos que le miraban intensamente.

Era otra de las bellezas. La que representaba a Suecia.

—Estás muy mojado —susurró ella, en un suave y gracioso inglés.

—Estoy hecho polvo.

—Necesitas que te sequen.

—Sí, eso ya lo sé.

—Y cambiarte de ropa.

—Puede.

—Y que te mimen.

—No, eso no.

—Ven. Yo cuidaré de ti. Yo te transformaré en un hombre.

Clive trató de huir.

Diablos, era su última oportunidad para estar vivo al día siguiente.

Pero la sueca no estaba conforme.

—¿Es que voy a ser menos que una tailandesa? —susurró.

—Pero si yo...

—En este mundo se sabe todo, cariño.

Los brazos de aquella belleza, que debía practicar la gimnasia a diario, le atenazaron férreamente.

Y Clive ya no tuvo fuerzas para huir.

La verdad era que se sentía hecho polvo, como había dicho antes.

Y cuando una sueca se pone a hacer llaves de judo...

CAPÍTULO VIII

—Le he estado buscando por todas partes —dijo el capitán, cuando le vio en uno de los pasillos.

—¿De veras?

—Ya sabrá que he enviado un SOS.

—No, no sabía nada.

—La policía nos estará esperando en los muelles de Londres, adonde llegaremos esta noche. Asesinaron a una de las chicas. No me cabe duda de que ha sido ese extraño loco del ataúd.

—¿Qué chica ha sido?

—Miss Thailandia.

Clive Murdock cerró un momento los ojos.

Algo le hizo daño dentro, muy dentro.

Le parecía increíble que aquella muchacha elástica, felina, flexible como una caña de bambú pudiera estar muerta. Que ya no fuera más que una cosa inmóvil, yerta, en el sollado del buque.

—¿Cómo la mataron? —preguntó con un soplo de voz.

—Una cuchillada.

Clive tuvo que cerrar los ojos otra vez.

—Capitán, supongo que no ha hecho un viaje peor que este en su vida —dijo con un soplo de voz.

—No puede imaginarse lo que deseo llegar a Londres. Esto es un suplicio.

—¿Hay algún indicio, alguna prueba?

—Ninguna.

Llegaron al bar.

—El que llamaremos «monstruo del ataúd» estaba colgado del mascarón de proa durante el registro —dijo Clive, mientras se servía una ración de *whisky*—. Nadie pudo imaginarlo, y la niebla impidió descubrirlo. Afortunadamente parece que el tiempo se ha despejado ya. ¿Por qué no practica otro registro?

—Prefiero que lo haga la policía al llegar a Londres. Al menos tengo la seguridad de que ese monstruo no escapará mientras estemos navegando.

—Pero habrá tomado alguna medida de precaución, supongo.

—Sí. Los tripulantes van todos armados, excepto los de máquinas. Tienen orden de tirar a matar en cuanto vean a ese individuo.

Clive dijo enigmáticamente:

—Sí. Es una buena medida.

Volvió a su camarote. Él sabía, de todos modos, que el «monstruo del

ataúd» no era el único peligro a bordo. Había alguien más; el extraño personaje cubierto con una malla negra.

Sin duda una mujer.

Clive se desnudó y tomó una ducha fría. Casi al instante se sintió mejor.

No había cerrado aún los grifos cuando oyó que se abría la puerta de su camarote.

Instantáneamente se puso en guardia, aunque estaba prácticamente indefenso. Pero oyó la voz tranquila de Ruth Davison.

—Clive...

—Un momento, por favor.

Se puso un albornoz por los hombros y salió. Ruth Davison. «Miss Universo», aunque no reconocida oficialmente, llevaba prendas muy deportivas. Unos ceñidos pantalones, que marcaban sus esculturales formas de cintura para abajo, y una blusita que marcaba sus esculturales formas de cintura para arriba. Completo.

Pero la muchacha estaba muy pálida.

—Tengo miedo, Clive...

—Lo extraño sería no tenerlo, muchacha. Han ocurrido demasiadas cosas ya. También estoy deseando que lleguemos a Londres.

—Ha sido horrible...

—Puede serlo más aún.

—¿Qué quieres decir?

—Que vuestro viaje no ha terminado. Lo de Londres es solo una parada para que la policía investigue, pero sin dar publicidad al asunto y sin emplear demasiado tiempo en ello. Luego deberéis continuar hasta París y hacer el resto de la ruta marcada. Las empresas que han patrocinado este viaje han invertido demasiado dinero en él, y los planes supongo que no pueden ser variados. Deberíais actuar, al llegar a Francia, como si nada hubiera ocurrido.

—Pero una de nosotras está muerta, ¿cómo lo justificaremos?

—No lo sé. Supongo que se encontrará para eso alguna fórmula publicitaria. O quién sabe si quizá resuelvan decir la verdad, para aumentar la expectación del público. La publicidad, o sea la ciencia de llamar la atención a costa de lo que sea, es uno de los negocios más crueles que existen.

Ruth se sentó en la cama con las piernas plegadas al estilo hindú.

—¿Por qué han querido hacer eso, Clive? ¿Es obra de un maniático?

—En el buque hay, desde luego, un maniático —dijo él lentamente, ofreciendo un cigarrillo a la muchacha y tomando él otro—. Esa mujer muerta que transportamos en el departamento de equipajes debía tener un admirador enloquecido, un enamorado que no se resignó a la idea de su desaparición, de su extinción total. Y se coló como polizón en el buque para acompañarla en su último viaje. Ese pobre loco matará, pero solo a

los que toquen un ataúd que él considera sagrado. En cambio hay alguien más —en este caso una mujer— que mata con frialdad perfectamente científica. Mata, sencillamente, a las que sospechan de ella. A las que han podido averiguar algo.

Ruth musitó:

—Te refieres a la doctora en Física Nuclear.

—Tiene que tratarse de ella, por descontado. ¿Pero quién es? ¿Cuál de vosotras, además de tener un cuerpo magnífico, tiene también un cerebro de primera clase?

—Clive, yo he tratado de ayudarte —dijo ella tragando humo nerviosamente—. He escuchado todas las conversaciones, me he fijado en todos los detalles. Pero entre nosotras hablamos simplemente de hombres, de vestidos, de marcas de cosméticos y de dinero. Hoy día, a las modelos, el dinero es lo que más nos interesa. Pero en ninguna he notado un detalle revelador, algo que señalase la existencia de una inteligencia privilegiada.

—Sin embargo Miss Thailandia sí que averiguó algo.

—No comprendo en qué pudo fijarse.

Clive sonrió, intentando alentar a aquella mujer, en cuyos ojos se leía el miedo más absoluto.

—De todos modos, si os quedaseis en vuestros camarotes, correríais menos peligros —dijo—. El capitán ha dicho que no dejaría moverse a nadie pero por lo visto la orden no se cumple con demasiado rigor.

—Todas estamos vigiladas, pero yo he podido salir sin que nadie se diera cuenta —dijo Ruth—. Necesitaba verte como fuera. Y decirte que no puedo más. Si esto continúa me volveré loca...

* * *

Entraban en Londres.

Cosa extraña, después de haber topado con tanta niebla, el tiempo estaba despejado en la capital que tiene fama de ser la más neblinosa del mundo. Un aire límpido soplaba en el Támesis. El Puente de la Torre se recortaba con claridad contra el cielo azul.

La policía ya esperaba. Un inspector llamado Simmons, con una pinta de polizone que tumbaba de espaldas, fue el primero en subir a bordo, seguido de dos policías uniformados. Lo primero que pidió fue ver a toda la tripulación y todos los pasajeros. O, mejor dicho, a las pasajeras.

Pronto Simmons estuvo mareado.

Tantas caras bonitas, tantos cuerpos esculturales... Solo arrugó el ceño al ver a la muerta.

—Lástima —dijo—. El que lo hizo merecería una doble pena de muerte.

—Estoy de acuerdo en eso —dijo Clive—, pero el asunto es más grave de lo que parece.

—¿Usted quién es?

Clive mostró su credencial.

—¿Cuál es su misión? —preguntó Simmons.

—Proteger a estas damiselas. Pero ya ve que no he tenido éxito del todo.

—¿Las protege por cuenta de alguna compañía de seguros? Supongo que sus vidas están garantizadas en muchos millones.

—Evidentemente, pero yo no estoy aquí por esa razón. No soy un detective privado. Por cierto, ¿ha hecho rodear el buque? ¿Lo vigila la policía fluvial?

—No. ¿Por qué?

—¡Maldita sea! Debí advertirlo por cable. Eso es lo primero que convenía hacer.

Clive Murdock no se había atrevido a tomar decisiones él mismo por no entrar en conflictos con la policía inglesa. Pero resulta cierto el refrán de que cuatro ojos ven más que dos. Habían cometido una equivocación.

Clive corrió a cubierta. Lo primero que hizo fue contar las lanchas de salvamento. No faltaba ninguna.

Pero el «monstruo del ataúd» podía haberse descolgado al río por una cuerda. Y quizá en estos momentos ya estaba en las calles de Londres.

El federal miró por la borda.

Y vio entonces un tipo gigantesco que emergía del Támesis unas cien yardas más allá, junto a unas barcas, aprovechando unas escaleras de piedra que llegaban hasta el agua.

Clive lanzó una maldición.

Ninguno de los policías ingleses llevaba armas, ni cortas ni largas. Él tenía su «38», pero a aquella distancia podía resultar ineficaz. Apuntó e hizo dos disparos.

Las balas rozaron la piedra de los muelles, junto a los pies del fugitivo. Pero este se escabulló velozmente tras una camioneta aparcada en zona de carga y descarga.

Clive no perdió un minuto.

Saltó por la borda, a pesar de la oposición de Simmons, que aún no entendía nada de aquello.

El federal corrió a lo largo de los muelles. Cien yardas no son demasiada distancia. Todavía podía cazar al gigante si este no lograba desorientarle antes.

Lo vio a lo lejos.

El gigante, pese a estar empapado de agua, trataba de sujetarse a la parte posterior de un camión que iba en dirección a Victoria Enbankment. Sin embargo no lo consiguió. Por un momento pareció a punto de resbalar.

Clive pensó que ya lo tenía. Que iba a conseguir atraparlo a pesar de todo.

Y en aquel momento se dio cuenta de que iba a morir.

Una sensación de hielo llegó hasta el fondo de su sangre.

CAPÍTULO IX

El coche, un «Austin» de modelo algo antiguo, pintado de negro, que no hubiera llamado la atención en ninguna parte, estaba rodando a su misma altura.

Y siguiendo aproximadamente la velocidad de las piernas de Clive Murdock.

Este se dio cuenta en el último segundo de que aquello era una ejecución. Había tres hombres dentro de aquel coche, y los tres le estaban apuntando.

Llevaban metralletas.

Si Clive se hubiera lanzado hacia atrás en aquel momento, habría sido barrido por el plomo. Pero lo que hizo fue lo más inesperado: Lanzarse de cabeza contra el capó del automóvil. La primera ráfaga salió larga.

Caso de ir el coche a más velocidad, el topetazo de Clive contra el mismo hubiera podido resultarle fatal. Pero así solo recibió un impacto sin demasiada importancia.

Los tipos que iban dentro del «Austin» se encontraron con que su víctima estaba materialmente pegada a la plancha del vehículo. Uno de ellos sacó medio cuerpo, desviando la dirección de la metralleta. El coche había parado casi por completo. Clive Murdock alzó el brazo izquierdo.

Desvió el cañón de la metralleta.

La escena estaba siendo contemplada por varios estibadores que no comprendían lo ocurrido. Pero la ráfaga, que estuvo a punto de alcanzar a uno de ellos, les hizo saltar en todas direcciones.

Ahora el coche aceleró, pretendiendo arrastrar a Clive.

Este se había soltado. Dejó que el «Austin» le adelantara un par de yardas.

Inmediatamente saltó hacia la derecha, protegiéndose tras las ruedas de un camión pesado. Una ráfaga hizo estallar los neumáticos. Clive extrajo el revólver que había guardado en su funda axilar al perseguir al fugitivo. Pero comprendió que no podría alcanzar al coche si su conductor era hábil y rodaba velozmente y en zigzag.

Sin embargo, el «Austin» se detuvo de repente. Tres hombres armados de metralletas saltaron a tierra.

Parecían decididos a todo con tal de eliminarle. No les importó sembrar la alarma en aquella parte de Londres y en pleno día. No les importó tampoco la presencia de tres hombres desarmados de Scotland Yard que se hallaban apenas a ciento cincuenta yardas de distancia.

Clive disparó entre las ruedas. El más cercano de sus enemigos resultó

rozado solamente, ya que el federal había tenido que apretar el gatillo en posición precaria, sin asomar apenas el cuerpo.

Otro quizá se hubiera aprovechado de su situación relativamente ventajosa, ya que él estaba parapetado y sus tres enemigos al descubierto. Pero Clive comprendió que de nada le serviría tumbar a uno, tal vez a dos, si el tercero le ametrallaba a placer.

Por eso saltó de nuevo, cubriéndose todo lo posible con la caja del enorme camión.

Se oían silbatos a lo lejos.

El muelle, antes bastante concurrido, había quedado ahora completamente desierto.

Clive corrió sin disparar hacia el portal más cercano. Correspondía a una casa de cinco pisos. Entró en él sin vacilar, puesto que era el mejor refugio que podía encontrar por el momento.

Uno de sus enemigos gritó:

—¡Allí!

Su acento era extranjero, pero Murdock no supo adivinar a qué nación pertenecía. Además, lo único que le importaba en este momento era ponerse a cubierto de las balas.

Se encerró en el ascensor y pulsó el botón del último piso. El ascensor tenía solamente una puerta de cristales.

Sus tres enemigos llegaron medio minuto después cuando él estaba aún en el segundo piso. Uno de ellos tiró de la puerta, pero no pudo abrirla. Entonces otro rompió el cristal con el puño.

Introdujo el brazo armado por el hueco y apuntó con el revólver hacia arriba. El revólver, un modelo chato, de fabricación asiática, le serviría mucho mejor que la metralleta para aquello. No necesitó apuntar, porque sabía que todas las balas irían a parar a la base del ascensor, sin desperdiciarse una.

El primer plomo rozó materialmente el zapato de Clive. Entró por el suelo del ascensor y se perdió por el techo, con un agudo silbido.

El joven comprendió que estaba en una especie de ataúd. ¡Y lo peor era que no podría salir de él con la suficiente rapidez!

Hizo lo único que podía hacer. Pegarse materialmente a una de las paredes.

Dos balas más atravesaron la caja, perforándola por el centro. Pero inmediatamente el tirador que estaba abajo empezó a buscar las esquinas.

Un proyectil penetró por la que estaba enfrente a la ocupada por Clive.

Otro pasó a la esquina de la izquierda.

El tipo que estaba abajo iba eligiendo esquinas según un turno de rotación, pensando que en una de ellas cazaría al federal. Pero este cambió sencillamente de sitio, eligiendo la primera esquina. Y en aquel momento el de abajo pareció adivinarlo.

Volvió a tirar al mismo sitio.

La bala atravesó la puntera del zapato izquierdo de Clive, llevándose parte de este y quemándole dos dedos. El joven sintió un calambre en todo el cuerpo. Por unos momentos no pudo ni moverse.

El de abajo se dispuso a repetir su tiro. Y en aquel momento uno de sus compañeros se impacientó.

—¡Suelta ya!

Disparó contra la cerradura de la puerta del ascensor, que saltó en dos pedazos. La caja se paró en seco, a la altura del cuarto piso.

Clive no pudo abrir la portezuela. Pero dio dos terribles empujones y astilló los cristales, saliendo al exterior y dando una vuelta completa sobre el descansillo, al caer a causa de su mismo impulso.

Oyó a sus enemigos que subían.

Durante unos breves instantes, Clive reflexiono. No era mala idea esperarlos allí y tratar de irlos eliminando mientras subieran. Pero se dio cuenta de que las escaleras ofrecían muy poco ángulo de tiro. Tendría que esperar a que sus enemigos se acercasen a menos de diez yardas, y eso no le convenía de ningún modo.

Por consiguiente decidió subir.

No se le ocultaba que su situación era más crítica cada vez. Enfrentarse, sin más armas que un revólver ni más protección que un tejado, a tres individuos armados de metralletas, se parecía bastante a un suicidio.

Pero subió. No tenía otro remedio.

Tuvo que descerrajar de un balazo la puerta que daba al tejado. Se encontró con una pequeña habitación donde había varios depósitos de agua. Más allá otra puerta, pero esta no estaba cerrada.

Siguió adelante.

Un pequeño cuartito vacío. Y luego una ventana que daba ya al tejado propiamente dicho, formado por resbaladizas planchas de zinc.

Clive decidió parapetarse tras aquella ventana apuntando a la segunda puerta, por la que sus enemigos no tendrían más remedio que pasar.

Oía ya sus pasos.

Debían estar ya en el quinto piso, a punto de llegar al tejado. Cansados y jadeantes, desde luego, pero eso no influiría nada a la hora de apretar el gatillo.

Clive se maravilló de su audacia.

Los tres estaban materialmente rodeados ya por hombres de Scotland Yard. Prácticamente no tenían ninguna escapatoria, tras haberse encerrado voluntariamente en aquel edificio.

Pero, por lo visto, no les importaba morir. Lo único que ansiaban era liquidarle a él antes.

La misión que les habían confiado —hacer que llegase a París una de las mejores especialistas en Física Nuclear que había en el mundo— debía

parecerles bastante más importante que su propia vida. A su modo, eran unos héroes. O quizá estaban drogados y no se daban materialmente cuenta de lo que hacían.

Clive no sentía en este momento ninguna aversión, ningún odio. Incluso, por su gusto, los hubiera cazado vivos a los tres. Pero aquella era una batalla a muerte y no tenía más remedio que aceptarla como se la habían planteado: sin piedad.

El primero de sus enemigos asomó por la puerta. Con prudencia, lo hizo lanzando previamente una ráfaga.

Clive hubo de disparar protegiéndose, porque de lo contrario el acribillado hubiera sido él.

Ninguno de los plomos alcanzó su objetivo. Los dos hombres fallaron. Pero ahora todas las desventajas eran para Clive, porque sus enemigos sabían dónde estaba.

Vio volar un pequeño objeto hacia la ventana tras la que se ocultaba parcialmente.

Comprendió que era una bomba. Podía ser de metralla o simplemente de humo, pero no quiso comprobarlo. Se dejó resbalar hacia abajo, sobre las planchas de zinc, aun exponiéndose a llegar al borde del tejado y estrellarse contra la calle.

La bomba llegó a las planchas de zinc. No explotó instantáneamente. Resbaló por estas.

Clive vio, con ojos desorbitados, que venía hacia él.

Iba a estallar junto a su cabeza.

Tendido como estaba sobre las planchas, izó el cuerpo apoyándose en sus pies y sus manos. La bomba, como una pelota de fútbol que rodase lentamente, pasó por debajo.

Unas décimas de segundo más y el artefacto podía estallar... ¡justamente a dos pulgadas de su cuerpo! La lentitud con que la bomba rodaba hacia abajo le pareció tan exasperante, tan angustiosa, que hasta sintió como un pinchazo en el corazón. De repente dejó caer el cuerpo sobre las planchas, sin fuerzas. El sudor empapaba su piel. La bomba había pasado ya por debajo, pero sin caer del tejado aún. Si estallaba en este momento aún le destrozaría. Clive giró la cabeza y la vio. Se había enredado en un canalón de desagüe.

«Estoy listo —pensó—. Estoy listo...».

De repente la bomba cayó.

La explosión estremeció el aire, a la altura del piso superior. Toda la metralla se clavó brutalmente en la fachada. Clive Murdock jadeó, sintiendo su boca y su garganta tan espesas que hasta la respiración se le hacía difícil.

Oyó entonces la voz de uno de sus enemigos. Hablaba en tagalo, es decir el idioma de los indígenas filipinos, pero Clive pudo descifrar lo que

decía:

—¡La bomba ya ha estallado! ¡Vamos!

El primero de ellos asomó la cabeza por el hueco. Clive le envió una bala y le hizo quedarse en el sitio, con la frente atravesada.

Pensó que sus enemigos lanzarían ahora una nueva bomba. Pero no debían tener ninguna más. Lo que hicieron fue salir los dos a la vez, con una velocidad y una decisión suicidas. Pero al mismo tiempo con prudencia, porque se protegieron tras el muerto parcialmente.

Clive solo pudo disparar a la pierna de uno de ellos.

Este, que intentaba ponerse en pie para apuntar mejor, sintió que de repente vacilaba todo su cuerpo. Dio una vuelta de campana, mientras lanzaba un alarido. Pasó rodando junto a Clive y ya no tuvo tiempo de sujetarse al borde del tejado.

Su alarido, al caer, pareció perderse en el infinito, pero ni Clive ni su último enemigo llegaron a oírlo.

Tampoco tuvieron tiempo de disparar porque ya estaban materialmente uno encima del otro. Sus cuerpos chocaron al borde mismo del tejado, e inmediatamente se sujetaron para empujarse uno al otro. El muerto quedó a poca distancia de los dos, pegado a las planchas de zinc, en posición inestable.

Los dos hombres eran fuertes y estaban decididos a todo. Al sujetarse, pudieron preocuparse de sus armas. Lo mismo el «38» de Clive que la metralleta de su enemigo cayeron a la calle.

Era una lluvia de armas como en mucho tiempo no se había visto en Londres.

Clive pensó que no había modo de desembarazarse de su enemigo, y su enemigo debía pensar lo mismo de él. Iban a rodar abajo los dos. Sus facciones estaban crispadas y denotaban el terrible esfuerzo que estaban realizando, pero eso servía de bien poco.

Estaban los dos al borde mismo del tejado.

En la calle se oían gritos, pero nadie llegaría a tiempo para salvar al que cayese.

Durante unos instantes parecía como si fuese a ser Clive el vencido; y, a continuación parecía enemigo el que se iba a precipitar al abismo.

Fue entonces cuando el muerto empezó a resbalar.

Su cuerpo se deslizó por las planchas de zinc, al principio poco a poco. Luego ganando aceleración, hasta significar una fuerza ciega, pero decisiva.

Clive lo miró con aprensión, casi con horror.

Sabía lo que aquello podía significar.

El muerto dio una vuelta sobre sí mismo, guiado por la inercia y por el distinto grado de viscosidad de las planchas de zinc, que eran más resbaladizas unas que otras.

Sus pies giraron a unas pulgadas de la cara de Clive... ¡y terminaron apoyándose en el cuerpo de su enemigo!

Este no pudo resistir aquel peso suplementario que lo enviaba irremediablemente hacia abajo.

Lanzó un aullido.

¡Era su propio compañero muerto el que lo enviaba a morir a su vez!

Clive ya ni necesitó empujar; solo desasirse. Lo consiguió cuando el otro repetía su alarido.

Dos cuerpos terminaron de resbalar sobre las planchas de zinc.

Y cayeron al vacío mientras Clive se sujetaba férreamente al borde del tejado, sintiendo que sus fuerzas empezaban a flaquear.

Poco a poco fue subiendo. Sus manos sudorosas resbalaban también sobre el zinc. Sus zapatos, de suela demasiado lisa, no le servían de ninguna ayuda, sino al contrario. Dos veces trepó y dos veces resbaló, estando a punto de caer al abismo.

Por fin, el rostro congestionado y el sombrero hongo del inspector Simmons asomaron por la ventana.

—Deme la mano... ¡A ver! ¡Cuidado!

Clive tendió la derecha. El otro solo pudo sujetarle por los dedos, pero ya fue bastante.

El federal llegó al fin a las escaleras. Y sintió un infinito alivio al poder respirar normalmente.

Simmons resollaba.

—¿Qué jaleo es este, amigo?

Clive le explicó en breves palabras que una espía, cuya identidad ignoraba, viajaba a bordo. Y que, sin, duda, aquellos individuos habían tratado de ayudarla. Eliminarle a él era un modo de ayudarla, desde luego, porque era el único que tenía alguna posibilidad de estar sobre su pista.

—Aunque —reconoció el federal—, la verdad es que no he podido averiguar nada.

—¿Tiene idea de cuál es la nacionalidad de esos individuos?

—Por el idioma que hablaban entre ellos, podían haber vivido en las Filipinas, aunque no parecen nativos de las islas. Eran producto de una de esas sorprendentes mezclas de razas que se dan muchas veces en los países asiáticos. Y estoy seguro de que actuaban por dinero, no por fidelidad a una nación determinada. Lo mismo que nuestra amiguita.

—¿Y el otro individuo? ¿Qué ocurre con él?

—Si se refiere al del ataúd, a ese será muy difícil capturarlo ya. A causa de la intervención de los otros, ha conseguido escapar.

—¿Cree que se trata de un loco?

—Estoy casi seguro. Un admirador fanático de la mujer que transportamos en el ataúd; un tipo que está dispuesto a matar con tal de que nadie la toque. Supongo que su paroxismo llegará a la crisis total

cuando traten de sepultarla. Al acercarse ese día, sus reacciones se irán haciendo más y más terribles. Eso es lo que lo transforma en un tipo tan peligroso.

Simmons masculló:

—Pues llévense el ataúd cuanto antes. A nosotros no nos cargue con este lío.

—Naturalmente que nos lo llevaremos —accedió Clive—. Realizar ahora nuevos trámites de control sanitario ocuparía mucho tiempo, y no podemos perderlo. Pero a ustedes corresponde alcanzar a ese hombre antes de que sea demasiado tarde. No parece tan difícil capturar a un fulano hecho una sopa y que además no debe llevar pasaporte.

—Lo intentaremos, aunque la zona de los muelles es un laberinto.

Llegaron en aquel momento a la calle. Se había formado un cordón de policía —y también de curiosidad— en torno a los cadáveres.

Simmons dio algunas órdenes a un sargento. Este desapareció.

Luego se volvió hacia Clive.

—¿Qué va a hacer?

—Regresaré al barco. Debo vigilar a aquellas mujeres. Ninguna tiene que descender a tierra.

—Supongo que querrá que ponga vigilancia en torno al buque.

—Es una previsión elemental. Gracias. Y le ruego que me informe antes de esta noche.

—¿Zarparán hoy mismo?

—Doy por supuesto que no queda otro remedio. Esas bellezas tienen compromisos importantes en París. Desfiles, exhibiciones y fotos publicitarias. Desgraciadamente hay mucho dinero detrás de todo eso.

—Comprendo.

—Hasta luego, inspector. Y gracias por su ayuda.

Clive le vio marchar con expresión preocupada.

Sabía que en los inmensos muelles de Londres un hombre puede ocultarse fácilmente durante unas horas. Y él no estaba en situación de garantizar la detención del loco.

Hizo un gesto de pesimismo mientras se dirigía a la ambulancia que ya acababa de llegar para retirar los cadáveres.

Mientras tanto, Clive había subido a bordo de nuevo. Pensó que necesitaba una ducha. Aún creía estar resbalando sobre las planchas de zinc, un poco más allá de las cuales estaba la muerte.

Nadie le hizo preguntas. Pudo llegar hasta su camarote sin obstáculos.

Abrió la puerta y se encontró con unas piernas cruzadas. Con unos labios rojos. Con unas pupilas brillantes. Con... bueno, con todo lo demás.

Susan Palmer avanzó hacia él, haciendo ondular su sinuoso cuerpo.

—¿No me esperabas, cariño? Desde que empezamos este viaje te has olvidado de mí...

Y avanzó hacia él sus labios. Clive Murdock, sintiendo que se derrumbaba, solo pudo balbucir:

—Nooooo...

CAPÍTULO X

Ella susurró:

—No intentes escabullirte. Me has tenido muy, pero que muy abandonada.

Clive pensó que estaba perdido.

Y en aquel momento llamaron a la puerta.

El federal hizo una seña a Susan para que se ocultase.

Abrió. En el umbral apareció uno de los oficiales.

—Estamos procediendo a un nuevo registro total del buque —dijo—. Quería saber si usted se encontraba en su camarote.

—Ya ve... —dijo Clive, con expresión de angustia.

—¿Hay alguien con usted?

—¡No! ¡Qué va!

—De acuerdo. Muchas gracias, y perdone que le haya molestado.

—¡Oiga!

—¿Qué?

—Voy con usted. Le ayudaré a registrar.

—No hace falta. Nosotros conocemos mejor el buque.

—Pero cuatro ojos ven más que dos, ya se sabe.

—Bueno, como quiera... Pero oiga, amigo, da la impresión de que lo que usted quiere es escaparse de su camarote. Y no comprendo la razón.

—Cosas que pasan, compañero.

—Está bien, acompáñeme.

Clive no quiso pensar en lo que diría Susan Palmer en voz baja. Seguro que en su vida habían hecho a una belleza como ella un desprecio semejante. Pero uno tiene derecho a defender su vida, ¿no?

Fueron registrándolo todo.

Algunas de las modelos no estaban en sus camarotes, sino en cubierta, mirando los relieves de un Londres en el que no les estaba permitido poner los pies. Pero muchas de las que estaban en sus camarotes se cambiaban de ropa. Y dijeron «adelante» sin preocuparse demasiado de eso.

El oficial que acompañaba a Clive iba palideciendo cada vez más.

Veía curvas por todas partes.

Al final terminó haciendo esos.

Pero el registro, exhaustivo, no produjo ningún resultado. Era natural, al fin y al cabo. Ausente el maniático que no quería separarse del ataúd, ¿qué iban a encontrar?

Después de la hora de la comida, Clive se arrepintió de lo que había hecho con Susan Palmer.

Era un desaire, qué diablos. Un desaire grave. La chica no merecía que se la tratase así.

De modo que se dirigió al camarote de la modelo y llamó:

—Adelante.

Clive entró. Susan Palmer estaba vestida con ropas bastante severas. Iba a encender un cigarrillo.

El joven susurró:

—Yo te daré fuego. Y tienes que perdonarme el que...

El golpe que recibió por poco lo envía hasta la puerta otra vez.

Era un golpe similar al que había recibido en Nueva York, en el Glass Building. La historia se repetía, solo que en peor. Porque este impacto fue todavía más fuerte que el primero.

Clive se llevó la derecha a la mejilla.

—¿Pero... qué te pasa?

—¡Fuera de aquí!

—Mujer, no hay que ponerse de ese modo. Tú has visto que no tenía más remedio que salir del camarote. Aquel oficial se me llevó casi a rastras. Yo no quería.

—¡Fuera!

Clive comprendió que lo mejor sería batirse en retirada. Salió de allí, seguido por un zapato que fue a estrellarse contra la puerta.

Una vez en el exterior, arqueó una ceja y respiró sin sentirse aún demasiado seguro.

Diantre, cómo cambiaban las mujeres.

Blancas ahora y negras quince minutos después; vistas y no vistas. Te miman por la mañana y te asesinan por la tarde.

Clive decidió subir al bar. Allí estaba el capitán al que casi siempre encontraba en el mismo sitio. Aquel debía ser un lobo de mar de cuidado, aunque no lo parecía. Debía saber navegar sobre el alcohol mejor que sobre el agua. Lo extraño era que hubiese encontrado el puerto de Londres sobre las cartas marinas.

El joven pidió un *whisky* doble.

—Tiene usted mejor aspecto —dijo el capitán—. No sé por qué será, pero yo diría que se ha rehecho.

—Lo que yo quiero es salir de aquí... Esto se está transformando ya en una cuestión de vida o muerte.

—Yo, en cambio, y a pesar de todo, empiezo a sentirme a gusto. En confianza: Una de las modelos me ha guiñado un ojo.

—¿Cuál?

—Una negra. Una escultura de ébano. Representa a no sé qué Estado africano. Pienso preguntarse lo en cuanto pueda.

—No se fíe, capitán. Con las mujeres hay que andar siempre atento y más con las negras. No entre en su camarote porque a lo peor lo quiere

para comérselo.

Y Clive Murdock salió del bar, tras haberse bebido de un trago el *whisky* doble. Caminaba poco después por uno de los pasillos de la cubierta superior cuando vio de frente a Susan Palmer.

El joven se llevó ambas manos a la cara, cubriéndose, por lo que pudiera ocurrir.

Pero ella le echó los brazos al cuello.

—Clive, cariño... ¿es que intentabas escaparte o qué?

Él se tambaleó.

—Eres muy malo conmigo —musitó Susan.

Ahora sí que Clive estuvo a punto de desmayarse. Abrió mecánicamente la primera puerta que tenía a su espalda. Lo único que le interesaba era huir.

—Con permiso —dijo—. El médico de a bordo me espera en este camarote. Un problema grave. Una leucemia galopante o algo así. Necesito una revisión general.

—¡Lo que tú quieres es escaparte!

—Te equivocas, nena. No trato de huir. Lo único que deseo es saber si lo que veo es verdad o no es verdad. La solución dentro de media hora.

Y entró, dando con la puerta en las narices a Susan.

Respiró con fuerza. Al fin estaba a salvo. Bueno... por el momento.

* * *

Salían de Londres.

Ahora sí que la ciudad hacía honor a su fama. La niebla lo cubría todo. El Puente de la Torre no era visible ni siguiera a corta distancia. El agua del Támesis no se distinguía.

Clive, acodado en la borda, encendió un cigarrillo mientras reflexionaba intensamente.

Simmons no había encontrado nada. El «monstruo del ataúd» seguía libre. La escala en Londres había resultado inútil, salvo para demostrar que el asunto de la doctora en Física Nuclear era más grave de lo que él mismo había creído. Tres hombres como los que él había visto morir no actúan por un asunto de poca importancia.

Las sirenas aullaron.

El buque surcó las tranquilas aguas, hacia el estuario del Támesis. La niebla seguía envolviéndolo como un sudario.

Clive pensó que ahora venía lo peor del viaje, pese a ser muy corta la distancia hasta las costas francesas de la península de Bretaña y concretamente hasta El Havre, su puerto principal.

Estaba inquieto, pero los hechos se encargaron de demostrarle que sus aprensiones eran infundadas.

Porque hasta El Havre no ocurrió absolutamente nada.

Incluso tuvo la suerte de no recibir ni tortazos ni besos. Porque hasta las modelos le dejaron en paz.

CAPÍTULO XI

El Havre.

Las formas de la ciudad emergían de entre la bruma. El mar estaba quieto y permitió al buque una pacífica entrada en el puerto, donde ya se hallaba esperándoles un pequeño comité de recepción.

Fotógrafos, periodistas, modistos y bastantes curiosos. Entre los curiosos bastante mujeres que habían ido allí a pensar, para sus adentros, que al fin y al cabo, aquellas modelos no resultaban tan espectaculares como la gente decía.

Clive Murdock estaba atento. No perdía movimiento. Sus ojos escrutaban todos los rostros de la pequeña multitud que se había congregado al pie de la escalerilla.

Quizá intentasen raptar, mejor ayudar a huir, a la doctora en Física Nuclear, cuya identidad le había sido imposible esclarecer por el momento.

Pero tampoco sucedió nada.

Las cosas parecían haber entrado por una senda de normalidad que de todos modos no dejaba de inquietarle.

Uno de sus compañeros, desplazado desde París, donde figuraba como agregado de embajada, le ayudó en aquella tarea. Fue él quien vigiló para que nadie se acercase demasiado a las modelos. La vigilancia que Clive ejercía desde el buque, se completó con la que él ejerció desde tierra.

Algunas cajas fueron descargadas, y entre ellas la que contenía el ataúd.

Aquel siniestro paquete debía seguir acompañándoles. Iría en el furgón de equipajes del tren especial que los conduciría hasta París.

Clive Murdock centuplicó su atención, tratando de ver algún detalle o alguna persona sospechosa. Pero sus esfuerzos resultaron vanos.

Desde el puerto fueron conducidos a la estación, donde ya estaba preparado el tren especial. El capitán se despidió con nostalgia de aquel grupo que tantas inquietudes le había dado, pero que también le había hecho sentirse joven otra vez. Desgraciadamente para él, ni siquiera la miss negra le dirigió una última mirada.

El tren les condujo a buena velocidad a través de los prados verdes y tranquilos, entre los meandros del Sena, muy amplios en aquella zona.

La proximidad de París se insinuaba en los núcleos urbanos cada vez más apretados, en el tráfico creciente de las carreteras cercanas e incluso en el vuelo cada vez más frecuente de docenas de aviones que, desde los cuatro puntos cardinales, afluían a los aeropuertos de Le Bourget y Orly.

El día oscureció de repente.

Nubes bajas y espesas, viniendo del canal, cubrían el horizonte. Sobre los techos de los vagones empezó a gotear.

Clive decidió ir al furgón de equipajes.

Solo él había oído aquellos pasos sobre su vagón. Solo él parecía haberse dado cuenta de que alguien, que no formaba parte precisamente del pasaje, caminaba sobre el convoy, acercándose a un lugar determinado que no podía ser más que el furgón de equipajes.

No resultaba difícil adivinar quién podía ser aquel hombre.

El mismo que podía haberse colado, aprovechando la niebla, en un transbordador de los que hacen con gran frecuencia el trayecto Londres-Calais. Y aprovechando las horas de ventaja que llevaba, haber llegado hasta El Havre.

Ahora todos los nervios de Clive estaban en tensión. Se daba cuenta de que había entrado en la última y decisiva parte del drama.

Pero no se dio prisa.

Extrajo una colección de fotos de la cartera donde llevaba documentos y datos relativos a aquella investigación. Aquellas fotos correspondían a todas las mujeres que iban ahora en el tren.

Eligió una de ellas.

Fue hasta el furgón de equipajes y entró en él. Se dio cuenta entonces de que no había un furgón, sino dos, a causa del gran número de bultos que las modelos transportaban.

Ambos vagones iban empalmados uno a continuación de otro. La luz gris y plomiza entraba por dos pequeñas ventanas. La iluminación principal corría a cargo de cuatro bombillas distribuidas sistemáticamente, dos en cada vagón.

Clive se dirigió hacia el cajón que contenía el ataúd.

Lo abrió, valiéndose de la navaja múltiple de fuertes resortes de acero, que siempre llevaba consigo. Luego extrajo el ataúd y abrió la tapa, valiéndose del mismo instrumento.

Debajo había una cubierta soldada, de zinc, con una mirilla.

Clive no se impresionaba ante los muertos porque había pasado entre ellos gran parte de su existencia. Lo único que deseaba saber con certeza, en aquel caso, era si realmente se trataba de una muerta.

Todo aquello podía ser una macabra comedia. El «loco» podía no ser tal loco. Y la «muerta» podía ser una viva a la que el presunto monstruo se encargaba de sacar de vez en cuando, proporcionándole alimentos y cuanto necesitase. Unas inyecciones de glucosa podían bastar para asegurar la supervivencia de una persona durante varios días, sin que esta tuviera apenas necesidades físicas. En cuanto a la respiración, podía asegurarse mediante orificios en la caja o, mejor, empleando también depósitos de oxígeno que podían ir ocultos bajo el almohadillado.

Así, mientras él vigilaba a veintiuna vivas, se le escapaba la «muerta».

Era un punto que Clive necesitaba comprobar, y por eso estaba allí, pese a lo ingrato de aquel trabajo.

Pero se convenció de que sus sospechas habían sido infundadas.

La mirilla le mostró el rostro de una mujer embalsamada sin duda alguna. Una mujer a la que la muerte sorprendió en lo mejor de su vida y lo mejor de su belleza.

Clive asintió lentamente, con un gesto de cabeza, como si diera la conformidad a sus propios pensamientos.

Bien. No había que dar más vueltas a aquello. En el ataúd no se ocultaba ningún misterio.

Lo cerró, y sin guardarlo en la enorme caja que lo había contenido hasta entonces, depositó sobre él la fotografía que había retirado previamente de su cartera.

Luego se dispuso a salir.

Fue entonces cuando la bala llegó aullando desde el otro vagón, mordiéndole en la cabeza.

* * *

Clive se tambaleó. Tuvo la suficiente serenidad, en aquellas décimas de segundo decisivas, para dejarse caer de costado, fuera del hueco de la puerta.

Una segunda bala, disparada con silenciador, silbó a continuación, pero fue a perderse en las molduras del fondo.

Clive, que había recuperado su «38» en Londres, lo extrajo y lo amartilló suavemente.

La sangre resbalaba por su rostro.

La bala le había rozado la cabeza, mordiendo ligeramente en ella. Es decir, se había llevado por delante cabellos y piel. Si llega a alcanzarle más lateralmente, se le hubiera llevado también por delante la arteria meninge media. Y eso hubiera significado el fin.

Clive aguardó en silencio.

Quería que su enemiga se confiase. Y pensaba en femenino, «enemiga», porque ahora ya estaba seguro de que se trataba de una mujer.

Pero nada ocurrió.

Clive había visto fugazmente la figura envuelta en una malla negra, la misma que le atacó en el buque. Para ninguna de las modelos debía haber resultado difícil cambiarse, ya que todas viajaban en departamentos independientes y que podían cerrar a voluntad.

Clive comprendió que no conseguiría nada esperando.

No podía asomarse por aquella puerta porque recibiría un nuevo balazo. Para atrapar a la mujer, lo que le convenía era deslizarse por su espalda.

Eso no era imposible.

la ventanilla del furgón de equipajes estaba protegida por unas barras horizontales de acero, pero aquella protección era más teórica que práctica. Mientras con una mano apuntaba hacia la puerta, con la otra Clive fue empleando las pinzas de que también estaba dotada su navaja para cortar dos de aquellas barras. Fue suficiente para que pudiera deslizarse su cuerpo.

Al salir al exterior corría un grave peligro: el de que su enemiga apareciese en aquel momento, acribillándole impunemente.

Pero nada sucedió.

La lluvia golpeó fuertemente el cuerpo de Clive mientras este trepaba al techo del vagón.

En aquel momento alguien, desde arriba, golpeó rabiosamente sus manos.

Clive miró. Pudo ver los ojos llameantes, el rostro congestionado de alguien a quién ya conocía. El loco estaba allí. Su gesto de odio salvaje resultaba más expresivo que todas las amenazas, que todas las palabras.

Clive sostenía su «38» entre los dientes. Trató de empuñarlo con la mano derecha.

Pero durante unos segundos necesitaba sostenerse solo con la izquierda. Y esta fue apartada de un zarpazo.

Quedó en el aire.

Solo sus pies, todavía en el hueco de la ventanilla, le sostuvieron. Braceó intentando asirse a algún saliente, a algo que le permitiera mantener su imposible equilibrio.

Bajo la ventanilla había un pequeño letrero colgado. Las letras negras decían sobre fondo blancor «Le Havre-París».

Fue aquello lo que le sirvió para sujetarse, con solo dos dedos, mientras sus pies seguían en la ventanilla. Su enemigo se apresuró a descender para acabar de enviarlo abajo de un puntapié.

El loco dejó que sus piernas aparecieran también en el marco de la ventanilla. En aquel momento la figura negra atravesó la puerta, extrañada ante aquellos golpes. Vio las piernas y disparó.

La tibia del loco fue atravesada. Lanzó un alarido y se izó rapidísimamente, dominando un gesto de dolor. La sangre resbaló sobre el vagón y penetró por la ventanilla abierta.

Clive, mientras tanto, ya estaba asido solamente al letrero. Sus pies tocaban el suelo.

No podía seguir la endiablada velocidad del vagón. Tenía que soltarse a riesgo de caer entre las ruedas.

Sosteniéndose con la mano izquierda, puso la derecha en el borde de la ventanilla. Sus dedos ansiosos apretaron con fuerza, pese a saber que poco más allá había una pistola con silenciador, y que esa pistola podía deshacerle la mano.

Pero la figura negra se había retirado ya. Creía que el hombre a quién acababa de herir era Clive Murdock.

Este se colgó de la mano con que se sujetaba a la ventanilla. Se izó y asomó la cabeza por ella, aun exponiéndose a perderlo todo.

Pero no había nadie al otro lado. El vagón aparecía vacío.

Y el traqueteo era espantoso.

Clive penetró de nuevo por el sitio que había empleado para salir, dejándose caer al suelo.

El corazón le hacía daño a causa del esfuerzo y de la terrible tensión nerviosa. Tuvo que estar unos instantes quieto, respirando agitadamente, hasta lograr reponerse.

La máquina silbó al tomar una curva. Aquel aullido pareció repercutir en su cerebro.

La figura envuelta en la malla negra no debía haber visto el ataúd o al menos no podía haberse fijado demasiado en él. En cambio el loco que estaba aún sobre el vagón sabía que alguien más, aparte de Clive, había entrado allí. Alguien a quién, por tanto, odiaría con toda la fiebre de su cerebro enfermo, en cuanto viese que el ataúd había sido tocado.

El federal se puso en pie.

Guardó su revólver y salió del primer furgón de equipajes, que era el único en que había estado, mientras que la figura de la malla negra había estado en el segundo, es decir en el último. Se encontró al fin en un vagón de departamentos-cama todas cuyas puertas estaban cerradas.

Las modelos, al parecer, descansaban.

Clive conocía perfectamente el lugar que ocupaba cada una de ellas.

Empujó una puerta determinada y miró hacia el interior. Un interior que estaba ocupado por Susan Palmer.

Susan se había sentado de una manera muy descuidada, puesto que al fin y al cabo estaba sola. Pero no modificó en absoluto la posición de su falda al verle entrar a él.

Clive cerró a su espalda.

—Servirías para anunciar medias —susurró.

—¿Sí?

—Las que llevas son muy bonitas.

—Celebro que te gusten.

—¿Puedo sentarme?

—Claro que sí, cariño. A mi lado.

Clive lo hizo. La miró fijamente, mientras en sus labios se dibujaba una sonrisa que no tenía nada de alegre. Pero ella no lo notó. Creyó que era una sonrisa de ansiedad, la sonrisa de un hombre que desea abrazar a una mujer.

—¿No me besas? —musitó.

Él seguía mirándola. No se movió.

—Susan —dijo al cabo de unos instantes—. No me quedará más remedio que detenerte.

Las palabras parecieron chocar físicamente contra el rostro de la hermosa mujer. Ella echó el rostro hacia atrás.

—¿Te has vuelto loco?

—Nunca he hablado tan en serio, muñeca.

—¿Y puede saberse por qué pretendes detenerme?

—Por lo que la ley designa como asesinato en primer grado.

Ella se estremeció un instante, solo un instante. Pero mientras tanto su rostro seguía impasible.

—Tú has bebido —musitó—. O te han herido y eso te ha hecho perder la razón. Tienes huellas de sangre en la cara y la cabeza, a pesar de que se nota que te las has limpiado con un pañuelo.

—¿Quieres que concrete más la acusación?

—Claro... Me muero de curiosidad.

—Tú mataste en Nueva York a tu hermana. Supongo que la víctima se llamaba Dolly, pero no puedo estar completamente seguro en este momento.

El rostro de la mujer permaneció impasible, aunque todo su cuerpo estaba tenso.

—¿De modo que tengo una hermana gemela? —musitó Susan.

—Tienes dos. En el barco, haciendo memoria recordé tu caso. En otro tiempo incluso actuasteis juntas en un teatro, en funciones juveniles. Entonces erais las trillizas Palmer.

—¿Quieres explicarte mejor? ¿Por qué había de matar yo a una de mis hermanas?

—No pensabas matarla, esa es la verdad. No había razón para ello, y su muerte fue lo que podríamos llamar una circunstancia fortuita. Pero tú no vacilaste en seguirla hasta el fin.

—¿Por qué? ¿Te das cuenta del absurdo terrible que hay en lo que dices?

—No, no es absurdo, sino muy lógico. Casi diría que espantosamente lógico. Tú eras amiga de Zukor, tal vez amiga íntima, lo cual, dado el cargo que ese hombre ocupa en los servicios especiales del FBI, es un fallo imperdonable por su parte. Por él supiste que yo iba a ser encargado de llevar este caso, consistente en impedir la fuga de una doctora en Física Nuclear cuya identidad ignoraba, y que no tenía otro medio para salir del país, ya que los pasaportes normales os habían sido provisionalmente retirados a todas vosotras.

—Todo esto no me afectó —dijo ásperamente ella, sosteniéndole la mirada.

—Sí que te afecta, muñeca. Desgraciadamente sí. Porque tú sabías que mi debilidad son las mujeres, en especial las mujeres como tú. Y trataste de

conseguir que yo, sencillamente, perdiera el barco. Suponías que tenerme un par de días inmovilizado en tus redes no iba a ser tan difícil.

Dejó de mirarla, con lo cual la tensión pareció disminuir, y prosiguió.

—Pero mientras yo llegaba hubiste de salir un momento. Fueron cinco minutos tan solo, pero resultaron decisivos. Quizá comprar alguna bebida más de las que tenías; probablemente pensaste que no llegaría tan pronto. Incluso debiste dejar la puerta del apartamento abierta, y en ese intermedio vino tu hermana a visitarte. Naturalmente, cuando yo intenté abrazarla, me largó un guantazo que todavía me duele. Al llegar tú, pediste explicaciones a Dolly. Ella debió insultarte; quizá te dijo que eras una perdida, una cualquiera. Realmente vuestras vidas, a pesar de vuestra asombrosa semejanza física, eran bien distintas. La golpeaste en la nuca y te diste cuenta de que estaba muerta. Entonces la colgaste con la vana idea de que pudiera parecer un suicidio. Caso de conocer un poco mejor a la policía, hubieses comprendido que aquello no engañaría a nadie; pero lo hiciste. Y luego quisiste que fuera yo quien descubriese el crimen, por lo cual me volviste a llamar para que fuese a tu departamento.

—¿Con qué intención?

—Descubriendo el crimen yo, era muy posible que no me fuese hasta haber aclarado lo sucedido, porque tendría que declarar varias cosas. En fin, otro excelente motivo para que yo perdiera ese barco, pese a las órdenes recibidas, porque tú sabías bien lo poco que las órdenes significan para mí. Ya que, debido a las circunstancias, no podías retenerme en Nueva York de una forma, me retendrías de otra. Vestiste el cadáver con tus ropas y tú tomaste las de tu hermana, así como la documentación. Marchaste. Cuando yo fui al apartamento de nuevo, estaba vacío, si exceptuamos la presencia del cadáver.

Ella había palidecido.

Tenía los labios apretados, formando en su rostro una línea dura y cruel.

Pero su voz fue normal al ordenar:

—Sigue.

—Yo estuve allí poco tiempo. Tú, que me vigilabas, volviste al apartamento. Sabías que no había llamado a la policía porque la encargada de la centralita te dijo que no había sido solicitada línea. Por tanto tenías tiempo. Querías dar un último repaso a todo, convencerte de que no quedaban huellas demasiado visibles. Pero de repente, por la ventana, oíste llegar al coche patrulla. Te quedó tiempo justo para descolgar el cadáver, ocultarlo de momento y recibir a los agentes. Estos, que habían sido enviados por Zukor desde su despacho, y que pertenecían al FBI, creyeron, al verte, que todo era una broma macabra. Zukor por poco me echa por la ventana. En fin, pero con todo esto, tu plan para retenerme había fracasado.

Ella había palidecido aún más.

Pero la línea de sus labios seguía siendo obstinada, recta.

Clive continuó:

—En Londres vivía tu otra hermana, la que completaba el trío. Ella se llama Persica, aunque es lógico que todas me parecieran Susan. Subió a bordo al llegar el barco allí, y los agentes de vigilancia creyeron que tú, pese a todo, habías logrado salir y entrabas de nuevo. En fin, una confusión así, con dos muchachas tan iguales, es muy normal, aparte de que ya debían estar mareados con tantas curvas. Al llamar a tu hermana, cosa que debiste hacer por cable, pretendías que ella siguiese viaje y poder escapar tú. Aunque inevitablemente yo tenía que notar que erais dos mujeres distintas, sobre todo por vuestra conducta tan desigual. Porque todo lo que tú tienes de *cocotte* ella lo tiene de arisca. Lo natural era que yo abandonase entonces el barco para buscarte a ti, creyendo que eras la mujer que me interesaba. Y mientras tanto la verdadera, la auténtica, llegaría tranquilamente a El Havre y a París, donde se aprestaban a recibirla en la Embajada china. Pero tu hermanita me dio un guantazo demasiado pronto, y yo empecé a recelar. La vigilancia se intensificó. Entonces hubisteis de seguir las dos a bordo. No viéndoos juntas, era imposible que alguien se diese cuenta. Luego ella debió descender del tren en el último momento y ya no viene con nosotros. No sabe nada de tus manejos. Es inocente del todo.

—¿Entonces todo esto lo hice para ayudar a alguien? —preguntó Susan con voz metálica.

—Sí. Para ayudar a la mujer que realmente debía huir. La verdadera doctora en Física Nuclear. Tu cómplice.

Clive Murdock esperó unos instantes, guardando silencio. Estaba desprevenido del todo. Dándose cuenta o sin dársela, podía ser una víctima fácil para cualquiera que hubiese abierto poco a poco la puerta del departamento, a su espalda.

Y, en efecto, alguien la había abierto.

Una mujer que poco antes aún iba cubierta con una malla negra, pero que ahora mostraba sin impedimentos toda la belleza de su rostro.

Era Ruth Davison.

La propia «Miss Universo».

CAPÍTULO XII

Cuando Clive se dio cuenta de su presencia, ya tenía el cañón de la pistola, provista de silenciador, clavado en su espalda.

La puerta había vuelto a cerrarse silenciosamente.

Estaba a solas con dos mujeres. ¡Y qué dos mujeres!

Lo único malo de aquella situación era que las dos querían matarle.

Clive no se volvió. No parpadeó siquiera.

Miraba, como si eso le distrajera mucho, los campos verdes, la luz triste que penetraba a través de la ventana abierta.

Luego volvió la cabeza levemente.

—Sabía que una protegía a la otra, Ruth. Sabía que, al verla en peligro a ella, acudirías tú.

—¿De modo que por eso fingías estar distraído? ¿De modo que lo has hecho a propósito?

—No puedo negarlo. Solo quería atraerte, y lo cierto es que ya estás aquí.

Ella hizo más fuerte la presión del cañón en sus riñones.

—No importa. De todos modos no has podido avisar a nadie ni recibirás ninguna ayuda. Tú eres un loco solitario, Clive, y eso te perderá. Cuando arrojemos tu cadáver por la ventanilla, nadie volverá a acordarse de ti hasta que lleguemos a París.

—Y tú habrás ultimado tu plan...

—Para lo cual solo me falta apretar el gatillo.

Clive volvió a mirar hacia la ventanilla.

Parecía como si hubiese allí algo que le importaba mucho, algo que le importaba incluso más que la pistola que tenía clavada en los riñones.

—La agenda era tuya —susurró lentamente—. Era tu coartada.

—Y todo habrá salido perfectamente —dijo ella con exasperante suavidad, con voz que era una caricia y al propio tiempo una maldición—. Todo estará hecho en cuanto apriete este gatillo...

Clive tragó saliva.

—Hazlo —susurró—. ¿A qué esperas?

Sabía que no podía defenderse.

Que su vida dependía de una décima de segundo tan solo.

Y en aquel momento algo entró por la ventanilla abierta, saltando desde el techo del vagón. Algo que no era más que una figura humana envuelta en sangre.

Clive esperaba aquello. Vio los ojos demoníacos, los ojos del loco que se salían de las órbitas.

Se oyó un rugido.

El loco solo atacó a Susan Palmer, desentendiéndose de él y de Ruth. Clive sabía que aquello iba a suceder porque para ello había dejado el retrato de Susan junto al ataúd removido. Y sabía que el loco, gravemente herido, buscaría a aquella mujer para vengarse de ella antes de morir.

Era la única ayuda que Clive podía esperar en aquel momento. Y había llegado en el instante justo, preciso.

Vio cómo las manos se cerraban férreamente en torno al cuello de Susan, la mujer que había asesinado a su propia hermana.

Ruth alzó la pistola. Disparó rabiosamente, pero no contra él, sino contra el loco.

Este recibió una bala en el pecho, pero siguió apretando.

Su rostro era una máscara demoníaca.

La sangre que cubría sus piernas cubrió ahora su pecho también, pero no soltó su mortífera presa.

Ruth disparó otra vez. Y otra.

No pudo apretar el gatillo de nuevo porque Clive dio un manotazo a la pistola. Esta saltó por los aires.

Clive abrazó entonces a la mujer. Bueno, intentó hacerlo. Estaba seguro de que no se le escabulliría.

Pero ella era una anguila.

Logró zafarse del abrazo de Clive y clavarle un taconazo en la cara. Aquel durísimo tacón de aluminio por poco le rompió un pómulos. Clive vaciló unos segundos, tratando de dominar su dolor.

Ruth los aprovechó bien. Abrió la puerta rapidísimamente y salió del departamento.

Él la siguió.

La vio correr por el pasillo vacío. El tren había tomado ahora una velocidad vertiginosa, en las grandes rectas que conducen a París. El balanceo de los vagones era continuo.

Ella se dio cuenta de que no le serviría de nada saltar de un vagón a otro. Inevitablemente llegaría al último, ¿y entonces qué? Decidió alcanzar el techo.

Clive no quería emplear su «38». Corrió tras ella.

—¡No seas loca! ¡Solo conseguirás matarte! ¡Más vale que te entregues de una vez!

Pero ella tenía su plan.

El tren aún había de atravesar al menos un par de puentes sobre los anchos meandros del Sena, que en su última parte es muy profundo, ya que permite incluso la navegación de buques de buen calado. Hábil nadadora, Ruth Davison no tendría más que arrojar al agua.

Salió ágilmente por una de las ventanillas y se izó sobre sus brazos ofreciendo, a cualquiera que la estuviese mirando, un panorama de curvas

que mareaba.

Pero Clive no podía ahora fijarse en eso. Intentó sujetarla por una pierna y solo consiguió rozarla. No le quedaba más remedio que ir tras ella.

Seguía con el revólver en la funda. A toda costa quería capturar viva a aquella mujer.

Siguiendo el mismo camino que ella, trepó también hasta el techo. La tremenda velocidad y el viento que la misma producía, estuvieron a punto de despegarle del vagón. Al llegar al techo vio que ella había perdido un zapato y tenía desgarrada la falda.

Era una auténtica muñeca, una preciosidad, aunque con ella viajase la muerte.

Gritó otra vez, con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡No seas loca! ¡Entrégate! ¡Nadie piensa condenarte a muerte!

Pero Ruth Davison sabía que él no podía garantizarle nada. Ruth Davison sabía que era la autora de la muerte de Sinyavsky y del agente que lo custodiaba. Sabía que solo le quedaba una esperanza: ¡Huir!

Saltó ágilmente de un vagón a otro.

El tren se acercaba traqueteando a un puente. De pronto apareció, ante los ojos de ambos, una curva anchurosa del Sena.

Ruth se preparó. ¡Era su oportunidad!

Clive supo que no podría impedir el salto. Les separaban aún bastantes yardas. No llegaría a tiempo.

En aquel momento, casi bajo sus pies, Susan Palmer, en los últimos espasmos de la agonía, logró tocar el timbre de alarma.

El tren se detuvo bruscamente, haciendo que la inercia proyectase a todos los pasajeros de un lado a otro. Clive cayó de bruces y logró sujetarse al borde del vagón. Ruth, que ya se disponía a saltar, no pudo conservar el difícilísimo equilibrio.

Cayó del convoy, lanzando un aullido.

Quedó aprisionada entre dos vagones, que la aplastaron materialmente.

Nunca supo que, inconscientemente, la había matado su propia compañera.

Clive saltó unos segundos después, al detenerse el convoy totalmente, pero se dio cuenta de que ya nada podía hacer por la discutida «Miss Universo». Su cuerpo había sufrido el choque de los vagones. Su rostro que ahora parecía exangüe, estaba vuelto hacia el cielo. Sus ojos abiertos recibían la fina lluvia.

El federal se los cerró lentamente.

En su gesto hubo una pesadumbre infinita.

—¡Aquí hay dos muertos más! —gritó la voz de uno de los revisores del tren, desde una cercana ventanilla—. ¡Un hombre desangrado y una mujer estrangulada! ¿Pero qué se han creído que es este tren? ¿Quizá el museo

de los horrores?

Una de las bellezas descendió entonces y para hacerlo hubo de mostrar casi totalmente las piernas. No, aquello no era el museo de los horrores.

Un policía de servicio descendió también. Clive le mostró silenciosamente su placa, aunque eso servía de bien poco ahora.

—Habrà que levantar el cadàver —musitó—. Y seguir. Cuando lleguemos a París, la Prefectura y la Embajada de Estados Unidos querrán meter las narices en esto.

El policía le miró.

—¿Usted me acompaña?

—Por supuesto.

—¿Y dónde meterá las narices cuando lleguemos?

—He de encontrar a una mujer —dijo Clive pensativamente—. Una chica muy parecida a una de las muertas. Como dos gotas de agua. Yo siempre acabo mis líos buscando a una mujer u otra, ¿sabe? Pero no siempre eso significa que haya suerte.

El policía parpadeó, sin entenderle bien.

—¿Por qué?

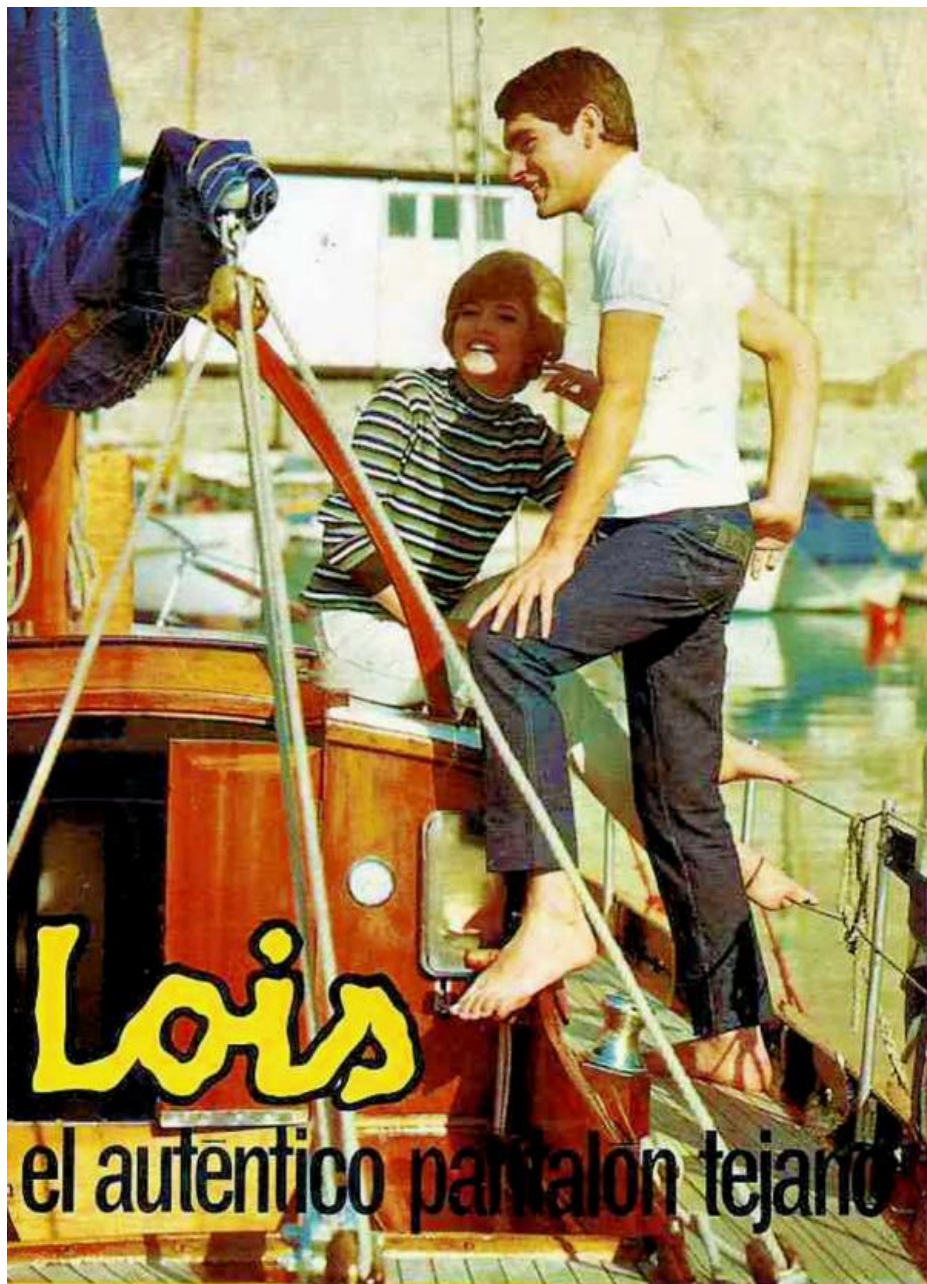
—Porque la muerta besaba muy bien. Pero la que se parece a ella, no. La que se parece a ella, atiza cada bofetada que le tumba a uno de espaldas. Exactamente igual que otra cuyo cadáver hicieron desaparecer en Nueva York.

—¿Dice que es una mujer que atiza mandobles y aún va a buscarla? —gruñó el policía.

Clive se encogió de hombros.

—¿Qué quiere que le diga? A lo mejor, entre bofetada y bofetada, cae algo...

FIN



Lois

el auténtico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.